TRAS LAS REVELACIONES PAULINAS 1

Osvaldo Rebolleda

TRAS LAS REVELACIONES PAULINAS 1

Osvaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.
No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.
Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.
Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.
Edición general: **EGE**
Revisión literaria: **Autores argentinos**
Revisión solo ortográfica **- IA**
Diseño de portada: **EGEAD**
Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción……5

Capítulo uno:

Camino a Damasco……11
De perseguidor a apóstol

Capítulo dos:

El silencio de Arabia y las primeras revelaciones……28
De la ceguera a la revelación

Capítulo tres:

Antioquía el despertar de su misión……40
De legalista a embajador de la Gracia

Capítulo cuatro:

El Concilio de Jerusalén……...54
La defensa de la Fe

Capítulo cinco:

Macedonia y Tesalónica esperando Su regreso……...67
Segundo viaje misionero

Capítulo seis:

Corinto una Iglesia en tensión……..80
El poder del Espíritu Santo

Capítulo siete:

Éfeso la puerta de Asia…..……93
El diseño de la Iglesia

Capítulo ocho:

Roma la cumbre doctrinal……..107
La experiencia del tercer viaje

Conclusión y proyección…….118

Reconocimientos……..126

Sobre el autor……...128

INTRODUCCIÓN

"Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo."
1 Corintios 15:9 y 10

Este es el primero de dos libros que escribí sobre la vida y las enseñanzas de Pablo, porque la historia de la Iglesia no puede narrarse sin detenerse ante la silueta inconfundible del apóstol. Su nombre resuena en las páginas del Nuevo Testamento con la fuerza de un trueno y la dulzura de una canción inspirada por el Espíritu Santo, impregnando la esencia de toda predicación que honra el Nuevo Pacto.

No fue uno de los Doce, no caminó tras los pasos del Maestro durante los días de Su ministerio terrenal, y, sin embargo, nadie como él descorrió el velo del misterio eterno de Cristo para la Iglesia, revelando el Nuevo Pacto y la gloria de la gracia. En sus cartas se percibe la respiración misma del Cielo, la sabiduría del Trono y el latido ardiente de un corazón conquistado por la luz del Evangelio del Reino.

Pablo no nació apóstol. No se levantó un día con la determinación de ser el heraldo de Cristo para las naciones. Su historia es, en esencia, una historia de ruptura y de gracia; la de un hombre atrapado en los barrotes del celo religioso y la violencia espiritual, que fue literalmente arrancado de su propio camino por un encuentro que ningún argumento humano podría haber previsto.

El perseguidor de la Iglesia, el fariseo de fariseos, el enemigo declarado de los del Camino, fue alcanzado por la luz que derriba toda arrogancia y reconstruye todo destino: la luz del Cristo resucitado, quien, camino a Damasco, le salió al encuentro derribándolo al suelo para que pudiera obtener verdadera visión espiritual.

Desde ese día, Pablo vivió bajo un único mandato, no escrito en tablas de piedra, sino grabado en su espíritu: "Vivir para Aquel que murió y resucitó por él…" No hubo ciudad lo suficientemente lejana ni cárcel lo suficientemente oscura para apagar el fuego de aquel llamado. No hubo amenaza, latigazo ni rechazo que doblegara su pasión. Y, sin embargo, lo que hace única su voz no es solo el heroísmo de su entrega, sino la profundidad insondable de las revelaciones que le fueron confiadas.

A través de sus cartas se descorre un telón que muestra la intención eterna de Dios: unir cielo y tierra en Cristo, formar un pueblo santo entre los hombres y traer a luz el plan de salvación que había estado oculto durante siglos. Pablo se entregó a esa causa, se dedicó a enseñar, se apasionó por

comunicar, incluso llegó a airarse en su desesperación por hacer que la Iglesia entendiera los diseños del Reino.

Estos dos tomos nacen del deseo de caminar tras las huellas de ese apóstol, no para admirar a un hombre, sino para beber del manantial de gracia que él mismo recibió. No voy a negar que, después de Jesús, los dos personajes bíblicos que más me apasionan son el rey David y el apóstol Pablo. Ya escribí un libro sobre David titulado "Corazón de rey" y, por eso, ahora es para mí un gran desafío sumergirme en la vida de un hombre tan especial como Pablo.

Él no fue un pensador religioso más, ni un reformador moral del judaísmo de su tiempo. Fue un testigo de lo imposible: un hombre transformado, arrebatado por la gloria de Cristo, escogido para abrir las puertas de la fe a los gentiles y para establecer en la mente y el corazón de la Iglesia las verdades fundamentales del Reino.

Comprender sus cartas sin comprender su vida es perder parte del tesoro; y conocer su vida sin atender a las revelaciones que el Espíritu le confió, es quedarse solo con la corteza de un fruto eterno. Pensé en emprender este desafío realizando un trabajo temático y teológico enfocado en sus cartas, lo cual me daría la ventaja de profundizar en los mensajes centrales de cada epístola, pero creo que habría perdido la secuencia histórica de la vida de Pablo, y cómo sus circunstancias dieron forma a esas revelaciones.

Entonces consideré realizar un trabajo biográfico e histórico, recorriendo sus viajes misioneros, lo cual me daría la posibilidad de mostrar cómo el Evangelio se expandió a través de sus misiones. Sin embargo, concluí que este diseño podría diluir las enseñanzas profundas si me centraba más en la narrativa histórica que en sus escritos.

Fue entonces que determiné un enfoque combinado: contar la historia sin perder de vista las revelaciones paulinas. Este método me permitió seguir el camino de Pablo cronológicamente, mostrando dónde y por qué escribe cada carta, y cómo el Espíritu Santo le fue revelando verdades que luego transmitió a la Iglesia con gran pericia. Pero encontré tal riqueza en este recorrido que un solo libro dejaría inconclusa la idea, por eso determiné escribir dos tomos.

De hecho, podría haber escrito una serie completa de libros sobre Pablo, pero decidí tocar los puntos principales en estos dos tomos y bajo este esquema. Quizá, con el tiempo y si Dios me lo permite, dedique a algunas epístolas un nuevo material. La enseñanza de Pablo es tan rica, tan profunda y tan viva, que uno puede aventurarse en sus expresiones sin llegar jamás a conclusiones absolutas ni agotar la fuente de su revelación.

En estos tomos elegí un enfoque narrativo y doctrinal a la vez, porque creo que los hace más dinámicos y atractivos para el lector. Este recorrido no será meramente histórico ni exclusivamente teológico: será un viaje en dos direcciones, una externa y otra interna. Por un lado, seguiremos el trazo

de sus viajes: las ciudades que tocaron sus pies, los caminos polvorientos donde levantó iglesias, y las prisiones donde escribió palabras que aún hoy rompen cadenas espirituales.

Por otro lado, nos adentraremos en el mapa invisible de sus revelaciones: el misterio de la gracia, la justificación por la fe, la Iglesia como cuerpo de Cristo, la vida en el Espíritu, la esperanza del regreso del Señor. Cada carta surge de un momento, de un conflicto, de una urgencia pastoral; pero detrás de cada palabra late la voz del Cielo, y será esa voz nuestra mayor prioridad.

En estas páginas intentaremos escucharla. No se trata solo de aprender doctrina, sino de comprender la pasión de Cristo revelada a través de un siervo rendido. Cada capítulo buscará situarnos en el contexto donde nació cada carta y, al mismo tiempo, sumergirnos en la profundidad espiritual de sus mensajes.

Caminaremos con Pablo en el polvo de sus viajes y en el fuego de sus oraciones; escucharemos el eco de sus pasos en Jerusalén, Éfeso, Corinto, Roma, y dejaremos que sus cartas hablen nuevamente, no como escritos lejanos, sino como flechas ardientes disparadas hacia nuestra generación.

En un mundo lleno de ruido y confusión, donde la Iglesia corre el riesgo de diluir el evangelio en medio de voces extrañas, las revelaciones paulinas se levantan como faros inquebrantables. No son teorías antiguas ni dogmas fríos; son vida y verdad que siguen desafiando a cada

creyente a vivir centrado en Cristo, a experimentar la libertad del Espíritu, a caminar en santidad y poder, y a esperar con gozo la manifestación gloriosa del Rey.

Estos dos libros son una invitación a volver al origen, a la fuente que brotó del corazón de Dios hacia Su Iglesia por medio de Pablo. Que al cerrar la última página no solo podamos decir: "hemos conocido más sobre Pablo", sino, sobre todo, "hemos conocido más del Cristo que se reveló a Pablo". Y tengo la esperanza de que, al concluir este tomo, nazca en ustedes el deseo genuino de avanzar al segundo.

Que nuestras vidas, como la suya, sean tocadas por esa luz que jamás se apaga y que transforma todo a su paso. Porque tras las revelaciones paulinas no hay solo palabras escritas por un hombre: hay un río de gracia que viene del Trono y que aún hoy busca llenar los corazones sedientos de Dios.

"Así que sigan mi ejemplo,
Como yo sigo el ejemplo de Cristo."
1 Corintios 11:1 (TLA)

Capítulo uno

CAMINO A DAMASCO

De perseguidor a apóstol

"Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén. Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor?
Y le dijo: Yo soy Jesús a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón…"
Hechos 9:1 al 5

El viento del desierto soplaba leve, levantando el polvo del camino mientras Saulo apretaba el paso hacia Damasco. Sus manos sostenían con fuerza los pergaminos sellados, decretos de muerte para aquellos que invocaban el Nombre que él había jurado borrar de la memoria de Israel. Desde fuera, parecía un hombre noble, un celador de la ley, un defensor del honor de Dios. Pero dentro de sí, llevaba un

corazón endurecido, inflamado de un celo sin entendimiento, de una fe que conocía la letra pero desconocía al Autor de la vida.

Saulo había crecido en la cuna del fariseísmo. Desde niño, su mente se había llenado de palabras sagradas, de enseñanzas rigurosas, de debates interminables sobre la ley. Cada mandamiento lo aprendió como una piedra que debía cargar para ganarse el favor de Dios.

Cada regla se convirtió en un muro que separaba a los justos de los impuros, a los dignos de los rechazados. El joven fariseo había crecido creyendo que la santidad era una armadura hecha de prohibiciones, y que servir a Dios significaba defender a golpes las tradiciones de los antepasados.

La Torá se había vuelto para él un filo sin misericordia. Conocía las Escrituras, pero no la luz que brotaba de ellas. Sabía de memoria las palabras de los profetas, pero no escuchaba al Dios que les había hablado. Su celo era como fuego salvaje: ardía fuerte, pero devastaba todo a su paso.

Saulo respiraba amenazas contra los discípulos del Nazareno, como si cada aliento suyo necesitara expulsar la vida de aquellos que seguían al crucificado. No era odio humano, era una convicción religiosa torcida, una fe sin revelación, un intento ciego de defender a Dios contra Dios mismo.

Caminar junto a Saulo en esos días era sentir el peso de su determinación. Los soldados que lo acompañaban veían en él un líder resuelto, un hombre seguro de sus convicciones. Pero el cielo lo veía como un ciego que creía ver, un hombre caprichoso jugando con espadas, un corazón que se endurecía más con cada golpe dado en nombre de un Dios al que no conocía realmente. El fariseísmo había creado en él una imagen de justicia propia, un altar donde se adoraba a sí mismo, creyendo honrar al Altísimo.

Sin embargo, mientras Saulo avanzaba hacia Damasco, había un decreto más alto que las cartas en sus manos. En el trono eterno, Cristo esperaba el momento de interceptar a este hombre que, sin saberlo, luchaba contra la verdad misma. El viaje que él pensaba de victoria y conquista sería el escenario de su rendición… y de su nuevo nacimiento.

De pronto, el tiempo pareció detenerse. Una luz, no de este mundo, rasgó los cielos y cayó sobre él como un río ardiente. No fue un simple resplandor, fue la irrupción de la gloria del Cristo resucitado, una manifestación tan pura y poderosa que el mismo sol palideció ante ella. La arena se volvió espejo de luz, el aire se llenó de un silencio sobrenatural, y todo lo que hasta entonces parecía firme se desplomó en un instante.

Saulo no tuvo tiempo de pensar ni de reaccionar. La fuerza de aquella gloria lo derribó, arrojándolo al suelo como si la tierra misma lo reclamara. El polvo se mezcló con el

sudor y las lágrimas que empezaban a brotar sin que él entendiera por qué. No era un hombre atacado por enemigos visibles, era un alma desnuda ante la majestad del Rey eterno. Allí, postrado, sintió que todo su saber, toda su justicia propia, todo su orgullo de fariseo quedaba reducido a cenizas. Estaba frente a algo demasiado grande para desafiar, demasiado santo para resistir.

La gloria no solo iluminaba su entorno, iluminaba su interior. Como si una espada de fuego abriera sus pensamientos, se vio a sí mismo no como un defensor de Dios, sino como un enemigo de su propia verdad. La luz revelaba las grietas de su alma, las intenciones ocultas, el celo deformado que lo había llevado a levantar la mano contra inocentes.

Cada recuerdo de los cristianos que había arrastrado a prisión, de las palabras de odio pronunciadas, de la aprobación a la sangre derramada, todo se presentaba ante él en un solo momento, no como una lista de culpas, sino como una sombra que contrastaba con la pureza de la luz que lo envolvía.

Fue un encuentro inevitable, preparado desde antes de la fundación del mundo. Cristo mismo había descendido a su camino, no para destruirlo, sino para quebrantarlo y rehacerlo. Allí no había sinagogas ni altares, ni discípulos para defenderse, ni argumentos que sostener; solo un hombre caído y una gloria viva que lo reclamaba. El perseguidor se

convertía en prisionero de la gracia, atrapado por una luz que no lo dejaba escapar, que lo hería solo para sanarlo.

Saulo ya no era el mismo en ese instante. Algo dentro de él sabía que aquel fulgor no era de un ángel ni de un fenómeno natural. Su espíritu reconocía la majestad del cielo, la presencia del Dios vivo, y a la vez temblaba de temor y asombro. En su interior, tal vez se levantaba una sola pregunta: ¿Quién es este que me ha derribado, cuya luz ciega mis ojos y desnuda mi alma, y cuyo poder me deja sin fuerzas?

El camino a Damasco, tan firme bajo sus pies unos segundos antes, se convirtió en altar donde cayó rendido. Allí donde pensaba ejecutar juicios, se encontraba juzgado; donde pensaba traer muerte, nacía en él una vida que aún no conocía. La gloria de Cristo había interrumpido su viaje, no para desviarlo un poco, sino para quebrar el curso entero de su existencia.

Saulo, postrado en el polvo, apenas respiraba, temblando bajo el peso invisible de una presencia que no podía comprender. Entonces la Voz rompió el silencio, no como un trueno distante, sino como un susurro que atravesaba huesos y espíritu, como una llama que no quema la piel pero incendia el alma: ***"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"***

Cada palabra llevaba un eco eterno, como si hubiera sido pronunciada mucho antes de que el universo existiera,

como si Dios hubiera aguardado siglos para decirlas en ese preciso instante. No eran palabras de condena, sino de revelación. La pregunta no pedía información; desnudaba el corazón del fariseo y lo ponía frente a un espejo imposible de ignorar.

Él no dijo: "¿Por qué persigues a mis discípulos?" No dijo: "¿Por qué atacas a mi Iglesia?". La Voz iba más allá de lo visible, uniendo lo que hasta ese momento Saulo no había entendido: que lo que hacía a los hombres y mujeres del Camino, lo estaba haciendo al mismo Cristo.

En ese momento, el fariseo comprendió que había estado levantando su puño contra Dios mismo, que cada golpe dado a los creyentes había alcanzado el corazón del Hijo de Dios glorificado. Era como si sus actos pasados se reunieran en una sola herida, y esa herida estuviera en el cuerpo de Cristo.

Aquella frase fue un choque contra todo lo que Saulo creía saber. Hasta ese momento había visto a los cristianos como traidores de la Ley, herejes que desviaban al pueblo. Su celo religioso lo había convencido de que perseguirlos era un acto santo, un sacrificio agradable a Dios. Pero ahora, una sola pregunta desmoronaba sus cimientos: si Dios mismo lo confrontaba, ¿a quién había estado sirviendo en realidad?

El eco de esas palabras parecía retumbar en todo su ser, mezclándose con la luz que aún lo envolvía. Era un llamado a despertar, un golpe certero que rompía sus cadenas

interiores. Por primera vez, Saulo veía que su lucha no era contra hombres, sino contra el mismo Señor de la gloria. Y esa revelación le partía el alma, porque entendía que había vivido engañado, creyendo defender a Dios mientras lo estaba hiriendo.

"¿Por qué…?" La pregunta no buscaba una respuesta inmediata, porque Saulo no tenía ninguna. Su mente, antes tan llena de argumentos, estaba vacía. Sus labios, que habían lanzado amenazas, ahora solo podían tartamudear un ruego: ***"¿Quién eres, Señor?"***. Era la confesión de un hombre que por fin reconocía que no conocía al Dios que decía servir. Y la respuesta no tardó en llegar, solemne y definitiva: ***"Yo soy Jesús, a quien tú persigues"***.

Saulo no vio a un mensajero celestial, no fue una visión, fue una luz que lo cegó y una voz que le informaba quién era: ***"Soy Jesús…"***. Era quien él mismo había desestimado como el Mesías. Era el crucificado que había sido despreciado, el Nazareno al que había negado, vivo, glorioso, pronunciando Su nombre.

Entonces Saulo entendió que la cruz no había sido el final, que la tumba no había sellado el destino de aquel hombre que había conmovido a Israel, sino que la resurrección lo había entronizado como Señor. Y ese Señor se identificaba plenamente con los que llevaban su nombre.

Cada respiración se volvió un clamor interior. La luz lo envolvía, la voz lo traspasaba, y todo lo que había sido

hasta ese día parecía desvanecerse en un instante. Sus títulos, sus logros, su orgullo, su fanatismo, nada podía sostenerse frente a esa pregunta que aún resonaba: ***"¿Por qué me persigues?"***. En esa pregunta había amor, había dolor, había la ternura de un Dios que no destruye al enemigo, sino que lo confronta para salvarlo.

Allí, en la arena, un fariseo celoso y seguro de su propia justicia se vio reducido a polvo ante la verdad viva de Cristo. Y aunque sus ojos físicos ya no podían ver, algo nuevo comenzaba a abrirse dentro de él: la certeza de que aquel a quien perseguía era el verdadero Señor, y que su vida jamás volvería a ser la misma después de escuchar esa voz.

Esta escena nos muestra la primera revelación paulina, porque Pablo pudo ver que lo que había creído separado, un grupo de personas creyendo en un Cristo en los cielos, era en realidad una unidad indivisible. Este es el misterio del Cuerpo vivo de Cristo. No hubo largas explicaciones de cómo funciona esa dinámica, pero ciertamente la sola experiencia marcó la teología de Pablo para siempre.

Por años, había visto a los discípulos de Jesús como un grupo rebelde, un brote herético que debía ser arrancado de la viña del Señor. Pero ahora comprendía que al tocarlos, tocaba al propio Cristo; que al arrastrar a uno de ellos a prisión, encadenaba a Aquel que reina en los cielos; que las heridas de los mártires eran heridas abiertas en el costado del Hijo del Hombre.

En el polvo, Saulo comenzaba a ver la realidad que ni toda su erudición farisea le había permitido entender. La Torá hablaba de un Dios cercano a su pueblo, de un Señor que habitaba en medio de Israel, pero él nunca había imaginado que la cercanía divina llegaría a este punto: el Creador mismo hecho carne, muriendo y resucitando para fundirse eternamente con los que creen en Su nombre. Esa unión era tan profunda que perseguir a los cristianos era declararle guerra al mismísimo Dios.

La luz que lo rodeaba parecía enseñar la primera revelación paulina: *"Tú creías defender mi causa, pero estabas luchando contra mí. Yo soy mi Iglesia y mi Iglesia soy yo. Los que tú desprecias son mis hermanos, mis miembros, mis amigos. En sus lágrimas estoy yo; en sus cadenas camino yo; en sus heridas sangro yo…"*

Es por esto que, con el tiempo, el ya apóstol Pablo escribió: ***"Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador"*** **(Efesios 5:23)**; ***"Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, constituyen un solo cuerpo, así también es Cristo"*** **(1 Corintios 12:12)**. Lo que en Damasco fue un relámpago de verdad se volvería después ríos de revelación en sus epístolas, palabras que la Iglesia repetiría por siglos para recordar que no hay divorcio entre Cristo y los suyos, que la unión es tan real que tocar a uno de ellos es tocar al Señor del cielo.

La revelación no vino acompañada de reproches violentos, sino de una ternura incomprensible. Cristo no lo aplastaba; lo llamaba por su nombre. No le cerraba el camino, sino que le abría uno nuevo. A pesar de las persecuciones, a pesar de la sangre que manchaba sus manos, esa voz no decía "te destruyo", sino "te amo demasiado para dejarte seguir así".

Saulo entendía, confuso y quebrantado, que la unión entre Cristo y la Iglesia no era solo un misterio, sino un pacto de amor indestructible, un vínculo que ni la violencia podía romper, un lazo por el cual el Señor mismo se hacía solidario con los suyos hasta el punto de recibir en su propia carne los golpes de la persecución.

Y allí, en ese instante sagrado, Saulo dejó de ver a los discípulos como enemigos. Aunque sus ojos naturales no distinguían más que oscuridad, su espíritu veía por primera vez que esos hombres y mujeres a quienes perseguía eran parte del mismo Cristo glorioso que le hablaba. Sus nombres estaban escritos junto al suyo en un misterio eterno: todos eran uno en el Hijo de Dios.

Aquella revelación, que no venía de los libros ni de los rabinos, quedaría marcada para siempre en su corazón. Sería la base de su ministerio, la esencia de su mensaje, el motivo por el cual recorrería naciones enteras levantando iglesias y llamándolas "cuerpo", "templo", "novia del Cordero". Porque allí, en el polvo de Damasco, aprendió una verdad que nadie podría arrebatarle: que Cristo y la Iglesia son un solo

ser, inseparables por la eternidad, y que vivir contra ella es vivir contra el Señor mismo.

Tal vez, y permítanme cierta licencia de mi imaginación, Saulo recordó los años marcados por su orgullo religioso. Tiempos en los que se había creído dueño de una verdad forjada en el estudio, la disciplina y el fervor religioso. Pero ahora comprendía que había sido conducido, aun sin saberlo, por una mano invisible que lo esperaba en ese punto del camino.

Dios lo había dejado correr en su propio celo, le había permitido levantar cartas de persecución contra Su pueblo, incluso le permitió aprobar la muerte de algunos santos como Esteban, pero no para destruirlo después, sino para mostrarle que su plan estaba por encima de su rebelión, y que su misericordia no tiene límites.

La luz que lo cegó y la voz que pronunció su nombre seguramente lo hicieron comprender que para Dios no era un desconocido. ***"Saulo, Saulo…"*** es sinónimo de "yo te conozco, y te he separado para mí…" Es como si Saulo hubiera descubierto que su historia de vida había comenzado en la mente eterna de Dios, en un propósito diseñado aún antes de su nacimiento. Incluso antes de que existiera el mundo, cuando el Cordero ya había sido inmolado en el corazón del Padre, la gracia ya había puesto su nombre en un plan que él jamás habría imaginado.

Saulo sabía que no había nada en él que mereciera esa elección. Al contrario, estaba invirtiendo sus fuerzas y utilizando sus influencias para destruir lo que ahora entendía como el tesoro más grande de Dios: Su Iglesia. Y aun así, sabiendo esto, Dios no lo había desechado.

Cristo no se había equivocado al llamarlo, porque su llamado no dependía de sus méritos, sino del propósito eterno de Aquel que ***"da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fuesen"*** **(Romanos 4:17)**.

Tal vez en la mente de Saulo pasaban los rostros de los hombres y mujeres que había llevado encadenados, la imagen de Esteban apedreado mientras él aprobaba su muerte, el eco de los gritos de los que sufrían por su mano. ¿Cómo podía el Dios santo mirarlo y decirle: "Te escogí para mí"?

La respuesta no estaba en él, sino en la naturaleza del Dios que se había revelado en ese camino: un Dios que elige lo necio para avergonzar lo sabio, que toma al perseguidor para convertirlo en heraldo, que escoge la vasija rota para llenarla de gloria **(1 Corintios 1:28)**.

Saulo comprendía ahora que Damasco no era el inicio del plan. Era el momento en que la eternidad tocaba la tierra para decirle: *"Saulo, desde antes de tu primer aliento, eras mío. Aun cuando tus pasos corrían lejos de mí, mi amor te seguía. Aun cuando mis hijos sufrían por tu causa, mi gracia te esperaba. Aun cuando creías ser dueño de tu camino, yo había trazado otro rumbo para ti…"*

Con esa certeza creciendo en su interior, el peso de la culpa no se volvió desesperación, sino rendición. Si aquel que conocía cada sombra de su pasado aún lo había escogido, entonces su vida no podía seguir siendo suya. No había razón para luchar, no había argumento para resistirse. Solo quedaba rendirse a un llamado más antiguo que el tiempo, a una voz que lo había pronunciado desde la eternidad y que ahora lo reclamaba para siempre.

El suelo de Damasco, áspero y polvoriento, se convirtió en el lugar más santo que había pisado en su vida. Allí, la historia del perseguidor y la historia del apóstol se fundieron en una sola: la de un hombre alcanzado por un amor que lo había escogido mucho antes de que él pudiera siquiera imaginarlo. Y esa certeza, invisible aún para los demás, sería la raíz de todo lo que escribiría después, la columna sobre la cual levantaría iglesias, la llama que lo haría descubrir lo que Juan había registrado:

"En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados…"
1 Juan 4:10

La luz había herido los ojos de Saulo, pero en su interior se encendía la segunda revelación paulina que nunca se apagaría: la certeza de haber sido alcanzado no por azar, sino por un designio divino que se gestó mucho antes de que él respirara por primera vez.

Cada pensamiento que intentaba levantar en contra de esta revelación se deshacía como humo ante la gloria que lo rodeaba. Algo superior a su voluntad, a sus logros, a su orgullo de fariseo, había decidido amarlo, llamarlo, salvarlo y apartarlo soberanamente para el servicio.

Las palabras de los profetas, tantas veces leídas y recitadas como obsesivo estudiante que era, cobraban un nuevo brillo en su comprensión: ***"Antes de formarte en el vientre, te conocí; y antes que nacieses, te santifiqué"*** **(Jeremías 1:5)**. Tal vez, como todos los judíos, Saulo había creído que eso era privilegio exclusivo de Jeremías, un caso aislado en la historia de Israel. Pero allí, en el suelo de Damasco, estaba descubriendo que ese mismo amor eterno lo había alcanzado a él, el perseguidor, el religioso, el enemigo de Cristo.

La elección divina no era un acto reciente, no dependía de sus obras, ni de su linaje, ni de su justicia. Venía de un lugar inaccesible para la lógica humana, de un tiempo sin principio donde Dios ya lo había visto, ya había trazado su destino, ya había decidido manifestar su gloria en su debilidad.

La predestinación se revelaba ante él no como una cadena que lo obligaba, sino como una misericordia que lo alcanzaba. Un plan tan perfecto que incluía todo lo que él era, sus errores, sus rebeldías, sus pecados, no para justificarlos, sino para mostrar que la gracia puede levantar al que más

lejos ha caído. Y un día, ya no como Saulo, sino como el apóstol Pablo, escribiría:

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado."
Efesios 1:3 al 6

Luego, él mismo recordaría a los romanos que ***"a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo"*** **(Romanos 8:29)**. Las revelaciones paulinas no fueron meras teorías de un hombre encadenado; él escribió sobre su propia experiencia. Su vida era el testimonio viviente de que la gracia precede al hombre, que el amor de Dios no nace cuando nos volvemos hacia Él, sino que nos alcanza cuando todavía estamos sin vida espiritual, ciegos y esclavos de la oscuridad.

Pablo comprendió lo que muchos teólogos hoy en día todavía no comprenden: fue un decreto eterno lo que lo había alcanzado. Él jamás enseñó que para ser salvos es necesario levantar la mano, aceptando a Jesús como Señor y Salvador. Él nunca levantó la mano en una reunión, fue arrojado por

tierra, él no hizo la oración del penitente, solo guardó silencio y luego dijo: ***"Señor, ¿qué quieres que yo haga?"***

Pablo nunca enseñó que nosotros debemos encontrar a Dios, porque el perdido no es Dios, sino nosotros mismos. Él nunca enseñó que debemos elegir la luz, simplemente porque no podemos verla. Él nunca enseñó que debemos nacer de nuevo, porque nadie puede elegir nacer; eso sería absurdo **(Efesios 2:4 y 5)**. Pablo sabía que la vida viene de Dios, que la vida es la luz de los hombres, y que si vemos, tal como él lo hizo, es por pura gracia **(Juan 1:4)**.

Fue ahí, en el quiebre de su orgullo teológico, que llegó a la tercera revelación paulina: ***"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe."*** **(Efesios 2:8 y 9)**.

También se lo enseñaría a los hermanos de Roma: ***"Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó"*** **(Romanos 3:23 y 24)**; y también a su discípulo Timoteo: ***"Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo"*** **(2 Timoteo 1:9)**.

Es muy penoso que, después de tantos años y de expresiones tan claras, algunos sigan pretendiendo poner al

hombre en una posición de responsabilidad respecto de su salvación. Pablo nos deja en claro que Dios elige, que no hay nadie duro para Él, que Él tiene misericordia de quien quiere tener misericordia y que al que quiere endurecer, endurece **(Romanos 9:18)**. Pero está bien, siempre habrá religiosos que pretendan ser responsables, a la vez que siempre habrá hijos de la gracia, renacidos soberanamente, que se rindan a los pies de Aquel que les dio vida.

"Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús."

Efesios 2:4 al 7

Capítulo dos

EL SILENCIO DE ARABIA Y LAS PRIMERAS REVELACIONES

De la ceguera a la revelación

"Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión: Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate, y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora, y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista. Entonces Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre…"

Hechos 9:10 al 16

Tres días de oscuridad habían sido la antesala de una desconcertante regeneración en la vida de Saulo. Tres días en los que el hombre fuerte, el perseguidor inflexible, había quedado reducido a un suspiro, prisionero de la ceguera y de su propia impotencia. Una luz más fuerte que el mismo sol lo había derribado por tierra y lo había dejado como un niño asustado y desorientado.

Lo habían llevado de la mano y lo habían introducido en Damasco sin comprender qué era lo que le había sucedido. Estando solo, tal vez recordaba una y otra vez la voz que le salió al encuentro: ***"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"***. Fue en ese momento cuando comenzó la muerte del hombre viejo y el nacimiento de un instrumento que aún desconocía su propósito.

Entonces Dios envió a un hombre sencillo, uno de esos discípulos anónimos cuyo nombre brilla más en el cielo que en la tierra: Ananías. Un servidor temeroso, obediente, portador de una misión que parecía insensata: imponer manos sobre el enemigo, sobre quien era considerado un verdadero lobo que ya había devorado a varias ovejas del rebaño divino.

Su temor fue muy lógico; sin embargo, Ananías fue a ver a Saulo, encontró la casa y entró en la habitación con la paz de quien camina bajo un mandato divino, pronunciando un nombre cargado de gracia: ***"Hermano Saulo"***. En ese instante la misericordia de Cristo descendió como un río sobre el alma del perseguidor. Las escamas cayeron de sus ojos, pero lo más profundo fue que cayó el velo de ignorancia

que lo mantenía alejado del verdadero Dios. Allí, bajo la caricia de unas manos ungidas y las palabras de un discípulo común, comenzó el llamado al servicio. Ya no sería un soldado del odio religioso, sino un testigo del amor inmortal del Cristo crucificado.

Aquel toque humano era, en realidad, un toque divino. El Espíritu llenó a Pablo con un fuego que ninguna academia de los fariseos le había enseñado a conocer. Era un ungimiento para un camino aún oculto, un llamado que lo arrancaba de la ambición de ser grande en Israel para hacerlo pequeño a los ojos del mundo, pero grande en el Reino.

Cristo mismo había decidido tomar a su enemigo y vestirlo con la armadura de la gracia, para lanzarlo como apóstol a las naciones. Y el hombre que había respirado amenazas comenzó a respirar oración. Las primeras lágrimas del nuevo Pablo se mezclaron con las aguas del bautismo, y en ese acto sencillo se sellaba una historia que el cielo había escrito mucho antes de que él respirara su primer aliento.

Sin embargo, la conversión no fue un punto final, sino una puerta a un misterio aún más profundo. Lo que había escuchado en el camino lo había quebrado por dentro. Pero Pablo no se conformaría con una voz; ansiaba conocer al que había hablado. La revelación que recibió no fue un mensaje de hombres, ni un nuevo código moral para sumarse a sus antiguas reglas. Fue un encuentro real con la gloria de Cristo.

En la oscuridad, cuando sus ojos físicos aún no podían ver, una luz más fuerte había comenzado a iluminarlo por dentro. La certeza crecía en él como una semilla ardiente: Jesús no era un profeta muerto ni un hereje crucificado; era el Hijo de Dios, exaltado, glorioso, dueño de los cielos y de la tierra.

En aquel instante se abrió una nueva revelación paulina: el apóstol comprendió lo que ningún maestro fariseo le había enseñado jamás, que todo el sistema de obras, toda la justicia propia que había acumulado como trofeos de piedad, no eran más que polvo frente a la gloria del Hijo. Cristo se le presentó no como una doctrina, sino como Señor. Y un hombre que se encuentra con el Señor no vuelve a caminar igual. A partir de ese día, Pablo supo que su vida ya no le pertenecía. Por eso, años más tarde, escribió:

"Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo…"
Filipenses 3:7 y 8

Cuando llegamos a comprender que no somos dignos, que no hicimos nada para obtener Su salvación y Su amor; cuando estamos convencidos de que lo que empezó sin nada de nuestra parte debe continuar así, entonces podemos tener

todo por basura para ganar a Cristo. Es claro que, si algo no sirve para obtener más de Él, simplemente es desechable.

Es muy penoso que tantos cristianos hoy en día consideren de valor aquellas cosas que no pueden otorgarnos más de Cristo. Y no estoy sugiriendo que debamos deshacernos de las cosas, o que sea pecado tener bienes materiales. Lo que digo es que no deberían ser nuestro tesoro, para que nuestro corazón no se desvíe de lo más importante **(Mateo 6:21)**.

Para Pablo, volver en busca de su vida, su prestigio o de sus bienes no fue una opción. La unción recibida por Ananías y su rendición iniciaron un viaje hacia Arabia, donde Pablo viviría años en los que el silencio sería su único compañero y Cristo su único maestro.

"Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco."
Gálatas 1:15 al 17

El llamado había sido claro, pero el camino hacia su cumplimiento aún estaba cubierto de misterio. Pablo no salió de Damasco buscando púlpitos ni multitudes, no escribió cartas ni levantó congregaciones. Lo primero que el cielo le

regaló fue el desierto: un lugar donde las palabras humanas se desvanecen y solo la voz del Espíritu permanece.

Arabia no fue un paréntesis accidental en su historia; fue el horno en el que el oro del evangelio sería purificado antes de brillar. Allí, bajo el sol abrasador y las noches interminables, Pablo aprendió que la verdadera revelación no nace en los palacios, sino en la soledad donde la única compañía es Dios mismo.

No se sabe qué montañas escaló ni qué cuevas le sirvieron de refugio, pero sí se sabe qué clase de hombre entró y qué clase de apóstol salió. Pablo llegó al desierto con la mente saturada de tradiciones y títulos, con los bolsillos llenos de credenciales que lo acreditaban como fariseo de fariseos, instruido a los pies de Gamaliel, respetado por los grandes.

Sin embargo, cada día en Arabia fue una tormenta que desnudó esas glorias falsas hasta que no quedó nada más que un hombre dependiente de la voz de Cristo. Lo que antes había sido fuerza, allí se volvió quebranto; lo que antes era prestigio, allí se transformó en polvo.

No había público para aplaudirle, ni enemigos para temerle, ni aliados que lo honraran. Solo el cielo abierto y la arena infinita testificaban lo que estaba viviendo. Su vida había dejado de ser suya y ahora simplemente había sido introducido en Cristo. Y fue entonces cuando nació una nueva revelación paulina.

Pablo nunca interpretó que había pasado de una religión a otra; comprendió que había salido de una religión, pero que había sido bautizado en una Persona para vivir en Él. Esto seguramente fue muy impactante para él, porque ser judío o ser gentil dejó de ser importante, cuando toda su vida eso había sido determinante.

"Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu."
1 Corintios 12:13

Pablo entendió que ya no se trataba de ser un orgulloso judío, sino de haber sido bautizado en un cuerpo. La palabra "bautismo" en el griego es *"baptizó"*, que significa "ser sumergido", "ser metido dentro". Esto es extraordinario, porque Pablo descubre lo que aun los apóstoles no habían predicado como un diseño divino: que la dinámica del Pacto nada tenía que ver con obras o liturgias.

Comprendió que la fe no es un conjunto de normas, sino un río vivo que nace del corazón de Dios; que la justicia no se gana, se recibe en el dueño de ese cuerpo en el cual ahora habitamos; que la gracia no se estudia, se recibe y se experimenta en la soledad donde uno deja de ser el centro y Cristo pasa a ocupar el trono de gobierno. Que la muerte es el camino de la cruz para la vida de ese Nuevo Hombre.

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también

tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios."
Romanos 5:1 y 2

Fue también en esos años de retiro cuando Pablo dejó de ser un hombre de influencia para convertirse en un fugitivo ungido. Las ciudades que antes lo recibían con honores ahora se cerraban ante su presencia. Los mismos líderes que lo enviaron a cazar cristianos lo veían ahora como un traidor, un enemigo digno de muerte. La fama que lo había hecho poderoso se convirtió en una sentencia que lo obligaba a vivir entre huidas y refugios prestados.

"En Damasco, el gobernador de la provincia del rey Aretas guardaba la ciudad de los damascenos para prenderme; y fui descolgado del muro en un canasto por una ventana, y escapé de sus manos."
2 Corintios 11:32 y 33

En aquel vacío donde todo lo terrenal se desmoronaba, una verdad comenzó a levantarlo de nuevo: Dios no lo había salvado para devolverle la antigua vida con un barniz religioso; lo había llamado para algo que jamás había entrado en su imaginación.

El Espíritu lo estaba formando para un llamado único, tan grande que solo podía sostenerse sobre los hombros de un hombre totalmente rendido. Cada día de silencio era un cincel que tallaba su carácter, arrancando el orgullo, la ira y la

autosuficiencia, hasta dejar un corazón dispuesto a morir tantas veces como fuera necesario para que Cristo viviera en otros.

Arabia fue el taller secreto donde el perseguidor se convirtió en apóstol, no por títulos ni recomendaciones, sino porque el mismo Jesús lo estaba enviando. Allí aprendió que el poder del evangelio no se sostiene con influencias humanas, sino con una vida que ha sido quemada por la gloria de Dios y reconstruida en el fuego del Espíritu. Fue el tiempo en que Pablo dejó de ser el hombre de las cartas de recomendación para convertirse en la carta viva de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente **(2 Corintios 3:2 y 3)**.

La soledad no solo lo había vaciado, sino que también lo había llenado de un misterio que el mundo aún no conocía: la revelación del Nuevo Pacto. No fue Pedro, ni Santiago, ni Jacobo, ni Juan quienes le instruyeron en los fundamentos del evangelio. No fueron rollos escritos ni tratados rabínicos los que encendieron su entendimiento. Fue Cristo mismo, apareciéndose en gloria, hablándole al corazón y revelándole, como a nadie, los misterios del Reino.

"Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo."
Gálatas 1:11 y 12

Pablo, que había vivido bajo el peso inquebrantable de la Ley, vio en Jesús la respuesta que los siglos habían aguardado. El velo se rasgó en su mente cuando comprendió que el Mesías no había venido a sumar mandamientos a las cadenas de los hombres, sino a romperlas definitivamente.

Las revelaciones que Pablo estaba recibiendo eran tan gloriosas que ni la vastedad del desierto podía contenerlas. Por eso, a pesar de la soledad o de lo insignificantes que pudieran parecer sus pasos, sus palabras llegarían hasta el último rincón del mundo.

Cuando finalmente llegó el tiempo de salir de aquel retiro, Pablo no buscó reconocimientos. Caminó hacia Jerusalén con la incertidumbre de un hombre que aún debía ganarse la confianza de aquellos a quienes un día había perseguido. Era un trayecto más difícil que el desierto mismo, pues debía mirarse a los ojos con los testigos de su pasado sangriento. No llevaba cartas de recomendación, solo cicatrices en el alma y un corazón encendido por Cristo.

"Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días; pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor."
Gálatas 1:18 y 19

El encuentro con los apóstoles no fue un simple trámite de aceptación. Fue un choque de mundos: el de los que habían caminado con Jesús en carne y hueso, y el de un

hombre que había conocido al Señor resucitado en gloria. Las dudas eran inevitables; los recuerdos del perseguidor aún estaban frescos. Pero la gracia hizo su obra también allí.

Los apóstoles y todos los hermanos fueron reconociendo poco a poco algo que ninguna artimaña humana hubiese sido capaz de imitar: el grato aroma de Cristo en un hombre rendido. Pablo no había venido a pedir lugar, sino a testificar que el mismo Jesús al que ellos habían seguido era el mismo que lo había encontrado en el camino a Damasco, y que el mismo Espíritu los unía en una misión eterna: predicar el evangelio del Reino hasta lo último de la tierra.

Ese momento selló una unidad frágil, pero divina. La Iglesia entera sería testigo de cómo el perseguidor se había convertido en ministro del evangelio, de cómo el destructor de comunidades se había convertido en edificador de iglesias. Dios había hecho de Pablo un testimonio viviente de que nadie está demasiado lejos para ser alcanzado por la gracia.

Y así comenzó su andar junto a los hermanos, no como un hombre superior, sino como un siervo consciente de que cada paso era un milagro, de que cada palabra era un préstamo de la eternidad. Pablo aprendió que el ministerio no es un escenario para proyectar la fuerza humana, sino un altar donde el hombre muere y Cristo vive para siempre. Fue entonces que se encendió una nueva revelación paulina:

"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí."

Gálatas 2:20

Capítulo tres

ANTIOQUÍA EL DESPERTAR DE SU MISIÓN

De legalista a embajador de la gracia

"Ministrando éstos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron."
Hechos 13:2 y 3

Antioquía estaba ardiendo con el fuego de Dios: un fuego que no se podía encender con madera ni apagar con agua. Un fuego que había descendido sobre aquella comunidad de creyentes, mezcla de judíos y gentiles, corazones que el mundo jamás habría puesto juntos, pero que Cristo había unido bajo un mismo nombre y una misma gracia.

Las calles de la ciudad estaban llenas de gente que hacía sus negocios y compartía opiniones filosóficas que seguramente generaban grandes controversias. Sin embargo, en una casa humilde, apartada del ruido del mercado, se

gestaba algo mayor que todo el poderío romano y toda la sabiduría griega: una misión que no había nacido en el corazón de los hombres, sino en la mente eterna de Dios.

Allí estaba Pablo, aún conocido por algunos como Saulo, sentado entre hermanos que oraban y ayunaban. Había pasado años en silencio, forjado en la soledad y el anonimato, hasta que la voz del cielo señaló que sus pasos tendrían un destino más grande y trascendente de lo que cualquiera hubiera imaginado.

La iglesia de Antioquía no era un centro de poder, pero sí un manantial de envío. No se conformaba con recibir la palabra: la llevaba allí donde los pies aún no habían llegado y donde las almas aún no habían oído. Entonces el Espíritu habló: ***"Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado"*** **(Hechos 13:2)**. No fue un consejo ni un proyecto humano, fue un llamado divino que la comunidad supo obedecer. Impusieron manos, derramaron lágrimas, y dos hombres salieron a caminar sobre caminos que jamás volverían a ser los mismos después de sus huellas.

El primer viaje misionero no comenzó como una expedición calculada, sino como un acto de ardiente obediencia. Los barcos y los caminos de tierra se convirtieron en altares improvisados, porque en cada lugar al que llegaban, la palabra de Cristo era sembrada como semilla de eternidad.

Desde Chipre hasta Asia Menor, la voz de Pablo y Bernabé resonaba en sinagogas y plazas abiertas, recordando que la cruz no era un mensaje solo para Israel, sino para toda nación bajo el cielo. Los espíritus inmundos temblaban, los enfermos sanaban, los cojos caminaban, y el Reino de Dios irrumpía donde antes solo había sombras. Pero allí donde la luz aparecía, también se levantaban los que amaban la oscuridad.

La oposición no tardó en mostrarse. Líderes religiosos, cegados por un celo sin entendimiento, se llenaban de ira; gentiles, airados al ver derrumbarse sus ídolos, se resistían al evangelio. La violencia acechaba a cada paso. Piedras volaban contra ellos, palabras envenenadas intentaban quebrar su ánimo. Y seguramente, como le pasaría a cualquiera, fueron tentados a volverse atrás; pero por la gracia y la fortaleza divina, no lo hicieron.

Había un fuego mayor dentro de ellos, un fuego que ni el miedo ni la persecución pudieron apagar. El Cristo que se había revelado en el camino a Damasco ahora caminaba en Pablo, y Pablo caminaba en Él. Su precioso Espíritu Santo hablaba a través de sus siervos, y hasta en sus heridas había gloria, porque comprendieron que no hay victoria sin cruz, ni misión sin lágrimas.

El despertar de la misión en Antioquía no fue solo el inicio de un viaje, sino el inicio de un movimiento eterno que hasta nuestros días sigue marcando precedentes. La Iglesia comprendió entonces que no había sido llamada a construir

muros más altos para proteger su fe, sino a derribar fronteras para llevar la gracia donde reinaba la muerte. ¡Cuán extraordinario habría sido si esa visión nunca se hubiera apagado! Sin embargo, la historia demuestra que muchas veces se desvió.

Pablo y Bernabé partieron con fe, y Antioquía quedó marcada para siempre como la iglesia que obedeció al Espíritu y se atrevió a enviar a sus mejores hombres al frente de una batalla invisible, pero real. Una misión que comenzó con grandes ilusiones y que ni el mismo infierno pudo detener. Un viaje que también fue despertando en Pablo profundas revelaciones.

Nosotros seguimos tras esas revelaciones, por eso no perderemos de vista sus huellas, esas que quedaron grabadas en el polvo de los caminos. Pero más que sus pies, buscaremos comprender su corazón, porque fue desde allí que Pablo dejó un rastro ardiente para la Iglesia preciosa.

Sin embargo, con cada ciudad conquistada para Cristo también se levantaba un viento contrario: un susurro que intentaba torcer la pureza del mensaje recibido del mismo cielo. No eran solo piedras ni amenazas lo que enfrentaba, sino algo más sutil y peligroso: un evangelio adulterado, fabricado por hombres celosos de la Ley, incapaces de aceptar que la gracia había abierto una puerta más grande que sus tradiciones.

Fue entonces cuando Pablo, con el peso de un padre espiritual herido por el desvío de sus hijos, tomó la pluma y escribió una carta a los gálatas. Una carta marcada por el filo de la verdad y el fuego de un celo santo. No era un tratado teológico, era un grito del alma que encendía una nueva revelación paulina.

"Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema."
Gálatas 1:6 al 8

Pablo no podía permitir que la libertad conquistada en la cruz fuese encadenada nuevamente por la esclavitud de las obras. El mensaje no era negociable, no podía intercambiarse por otro que pareciera más fácil o más cómodo. Solo había un evangelio, y todo lo que no naciera del sacrificio de Cristo era un engaño mortal para las almas.

Pero ¿cuál fue el error de aquellos que pervertían el evangelio? No negaban a Cristo, no negaban a Dios, de hecho, no parecían rechazar ninguna doctrina básica. El problema era que añadían otras condiciones para poder recibir la plena bendición de Dios. En este caso, los engañadores en Galacia enseñaban a los cristianos que debían guardar ciertas leyes de Moisés para poder disfrutar de todo

el poder del Espíritu Santo y de la plenitud de la bendición divina. En otras palabras, añadían requisitos humanos al mensaje de fe y gracia que Pablo había anunciado.

La revelación paulina del evangelio es esta: la justificación gratuita por la fe en Cristo, quien cumplió los requisitos de la Ley a nuestro favor y acredita su justicia a los que creen en Él **(Gálatas 3 y 4)**. Y el resultado del verdadero evangelio es la verdadera libertad **(Gálatas 5 y 6)**. En pocas palabras: ¡es imprescindible estar seguros de que tenemos el verdadero evangelio! Si seguimos otro, no solo estamos engañados, sino que corremos un grave peligro.

Jesús dijo que el evangelio del Reino sería predicado en todo el mundo como testimonio a todas las naciones; y entonces vendría el fin **(Mateo 24:14)**. Es lamentable que todavía hoy se discuta sobre el Reino entre nosotros. La Biblia es clara: la plenitud del Reino llegará con la segunda venida del Señor, y la Iglesia será perfeccionada en la primera resurrección de los muertos.

Lo que no deberíamos discutir es que, aunque ***"el mundo entero está bajo el maligno"*** **(1 Juan 5:19)**, la Iglesia vive bajo el gobierno de su Rey **(Mateo 6:10)**. Decir que el Reino se establecerá únicamente en la segunda venida de Cristo equivale a afirmar que la Iglesia aún no reconoce a un Rey ni a Su gobierno. Esto es absurdo, y lo más grave es que quienes enseñan tal cosa nunca experimentarán el Reino, ni abrirán sus puertas a su gente **(Mateo 23:13)**.

El evangelio del Reino no significa que gobernamos, o gobernaremos el mundo antes de la venida del Señor. Vivir el Reino implica vivir bajo el gobierno de nuestro Rey, aun con las limitaciones de un alma en proceso y un cuerpo sujeto a muerte. Pero, a pesar de esas limitaciones, la Iglesia sigue siendo el único medio humano de manifestación del Reino de Dios en la tierra. Porque el Reino está en todas partes y lo abarca todo; nada ocurre sin que Dios lo permita.

Junto a la defensa del mensaje, Pablo debía aclarar también la fuente de su autoridad. Muchos lo señalaban por su pasado, dudaban de su llamado, lo comparaban con los apóstoles que habían caminado físicamente con Jesús, como si el encuentro en Damasco fuese insuficiente para otorgarle credenciales.

Con firmeza, casi con el peso de un juramento, Pablo declaró que su evangelio no provenía de hombres ni de enseñanza humana, sino de revelación directa de Jesucristo. Nadie podía arrancar de su espíritu la certeza de aquel día en que la luz celestial lo derribó y lo levantó con un propósito eterno. Su autoridad no descansaba en cartas de recomendación, sino en la marca del Espíritu y en las cicatrices de su obediencia. De esa afirmación nació una nueva revelación paulina: ***"Cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre…"*** **(Gálatas 1:15 y 16)**.

El llamado proviene de Dios y está determinado aun antes de nuestro nacimiento. Todos los hijos de Dios debemos dar testimonio y compartir las buenas nuevas con el mundo, pero los llamados ministeriales provienen únicamente de la voluntad de Dios. Es entendible que muchos deseen servirle y hagan todo lo posible por lograrlo, pero lamentablemente algunos no se conforman con hacerlo bajo autoridad, sino que pretenden convertirse en autoridad.

Este tipo de actitudes revela irreverencia, falta de temor y de respeto a los diseños divinos. Puedo comprender que algunos actúen con buenas intenciones, pero no debería ser así. Vivir bajo la autoridad del Reino implica hacer la voluntad de Dios, no lo que nos parece mejor ni lo que decimos sentir.

Hoy en día hay demasiadas personas afirmando que hacen lo que hacen porque lo sienten en su corazón. Y esto está causando mucho daño, porque cualquiera se marcha de una congregación y abre una "obra" en el garaje de su casa. Sé que muchos tienen deseo de predicar, pero no están preparados ni respaldados para hacerlo. Mejor que colaborar con Dios es obedecerlo.

La verdad es que nadie, queriendo ser médico, abriría un consultorio en el garaje de su casa. De hecho, hacerlo sin estar preparado ni autorizado legalmente lo llevaría a prisión por ejercicio ilegal de la medicina. Sin embargo, hoy en día cualquiera se declara ministro o abre una obra, enseñando lo

que cree saber. Esto no solo es peligroso, sino absolutamente dañino.

Es más: si un médico comete un error de mala praxis, puede provocar la muerte de una persona. Sin embargo, esa persona moriría de todas formas algún día. Es decir, el error podría anticipar la muerte, pero no impedirla. En cambio, cuando un ministro del evangelio enseña, trabaja sobre el propósito eterno de alguien, y si lo hace mal, el daño que puede causar es eterno y determinante. En conclusión, nadie debería pretender un ministerio como apóstol, profeta, evangelista, pastor o maestro; solo debería obedecer los designios del Soberano.

Aunque muchos cristianos dudaban de su pasado, Pablo fue un apóstol con un llamado legítimo, y prueba de ello son los frutos que aún hoy, más de dos mil años después, siguen hablando. Esa legitimidad le dio la autoridad incluso para confrontar a uno de los pilares de la Iglesia: Pedro. No por rivalidad, sino porque el evangelio estaba en juego.

"Cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?"
Gálatas 2:14

En Antioquía, Pablo, con el dolor de quien ama profundamente la verdad, declaró ante todos que esa conducta no caminaba rectamente conforme al evangelio.

Fue un momento tenso, cargado de un silencio pesado, pero necesario. Porque el mensaje no podía ser doblado ni por respeto humano, ni por costumbres, ni siquiera por la autoridad de un apóstol.

El eco de esa confrontación aún resuena en la historia de la Iglesia. Fue el recordatorio de que la verdad no se acomoda a los hombres, sino que los hombres deben rendirse a la verdad. Pablo no buscaba exaltarse a sí mismo; buscaba preservar la pureza de un mensaje que costó la sangre del Hijo de Dios.

Antioquía no solo despertó su misión, también se convirtió en el escenario donde la Iglesia entera comprendió que el evangelio debía permanecer libre e incontaminado, y que su autoridad no descansaba en jerarquías humanas, sino en Cristo mismo, la Roca sobre la cual se edifica todo.

La lucha no era solamente contra hombres que distorsionaban el mensaje, sino contra una sombra antigua que persiste en el corazón humano: la necesidad de hacer algo para merecer el favor de Dios, la ilusión de que las obras pueden comprar lo que solo la sangre de Cristo regala.

Con voz firme y corazón encendido, Pablo escribió a los gálatas, palabras que rompían cadenas invisibles. Lo habían hecho con él mismo, cuando comprendió, a través de la revelación del profeta Habacuc, que ***"el justo por la fe vivirá"*** **(Habacuc 2:4)**. Pablo, que había guardado la Ley celosamente, entendió entonces la profundidad de vivir por

la fe. Por eso repitió esa verdad tanto en **Romanos 1:17** como en **Gálatas 3:11**. Allí nació una nueva impartición de la revelación paulina.

No era la Ley la que podía salvar, pues la Ley solo mostraba cuán profunda era la herida del pecado y cuán incapaz era el hombre de alcanzar la justicia por sus propios medios. La fe, simple y poderosa, era la llave que abría las puertas del cielo, porque descansaba en Aquel que había cumplido toda justicia en la cruz del Calvario.

La Ley había sido como un ayo, un maestro severo que señalaba la senda y advertía del peligro, pero incapaz de llevar al hombre a la meta. La gracia, en cambio, toma al pecador de la mano y lo conduce hasta los brazos del Padre. La herencia prometida a Abraham no se entregaba por linaje ni por rituales, sino por la fe en el Hijo amado.

En Cristo, dijo Pablo: ***"ya no hay esclavos ni libres, judíos ni griegos, hombres ni mujeres, porque todos son uno y todos son hijos"*** **(Gálatas 3:28)**. Y si hijos, entonces herederos de un reino que no se compra ni se vende, un reino que comienza en la tierra y que tiene a la eternidad como horizonte **(Romanos 8:17)**.

Pablo conocía bien la esclavitud del pecado, había respirado el aire sofocante de la religión sin vida, y ahora proclamaba la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Pero sabía también que esa libertad no era un permiso para el desorden ni un terreno fértil para la carne. Por eso habló con

urgencia de la batalla interna: esa guerra silenciosa entre la naturaleza caída y la vida del Espíritu. Fue entonces que una nueva revelación paulina se abrió ante todos.

"Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis…"
Gálatas 5:16 y 17

Pablo no presenta un cristianismo meramente moralista, donde la lucha es solo entre buenas y malas acciones, sino una batalla entre dos naturalezas y dos reinos: el viejo Adán en nosotros y el Espíritu de Cristo. El apóstol enseña que la victoria sobre la carne no se alcanza con reglas ni con disciplina humana, sino caminando constantemente en el Espíritu, porque solo el Espíritu produce el fruto que contrarresta las obras de la carne.

Él afirmó que las obras de la carne son evidentes: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías… todo aquello que encadena al hombre a la corrupción del alma y lo aparta de la presencia de Dios. La carne promete libertad, pero en realidad cava prisiones profundas donde el corazón se marchita **(Gálatas 5:19-21)**.

Así, la vida cristiana, según Pablo, es un proceso dinámico de rendición, dependencia y transformación, donde

el Espíritu no solo guía, sino que capacita al creyente para vivir en verdadera libertad, venciendo la esclavitud del pecado y produciendo frutos que ningún esfuerzo humano puede imitar: amor que se entrega sin exigir nada a cambio, gozo que canta aun en medio de la prueba, paz que guarda el corazón cuando todo alrededor se derrumba, paciencia que soporta y espera, bondad que sana heridas, fe que mira lo invisible, mansedumbre que vence la violencia, templanza que gobierna los impulsos. Estos frutos no nacen del esfuerzo, sino de una vida crucificada con Cristo, donde el yo muere y el Espíritu vive.

Pablo sabía que la verdadera misión no era solo plantar iglesias o recorrer kilómetros, sino formar discípulos que conocieran esta libertad y vivieran en el Espíritu. Porque un evangelio sin frutos es una semilla estéril, y un corazón que vuelve a la carne después de haber conocido la gracia es como un esclavo que renuncia a su libertad para volver a las cadenas. Por eso sus palabras fueron firmes, apasionadas, encendidas con un fuego santo que quemaba toda mentira y señalaba el único camino verdadero:

"Cristo en vosotros, la esperanza de gloria…"
Colosenses 1:27

Antioquía fue el despertar de su misión, pero también el inicio de una guerra que lo acompañaría hasta el final de sus días: la defensa de un evangelio puro, la proclamación de la fe por encima de la Ley, la certeza de que somos hijos y herederos, no por obras, sino por gracia. Desde aquella

ciudad que lo envió, hasta las últimas cartas escritas en prisiones, la voz de Pablo seguiría clamando que la verdadera vida cristiana no es religión ni esfuerzo humano, sino Cristo viviendo en el hombre.

Y así, mientras las lámparas de Antioquía ardían en la noche y las oraciones de la iglesia ascendían como incienso, el cielo sonreía al ver cómo la misión se había puesto en marcha. Nadie podría detener lo que Dios había comenzado. La gracia corría como un río imparable hacia las naciones, y Pablo, siervo y apóstol de Jesucristo, sería tan solo un extraordinario canal por donde esa corriente eterna se derramaría sobre el mundo.

Antioquía había sido el lugar donde todo despertó, donde el cielo susurró una misión que aún resonaba en su espíritu. Pero el viaje no había terminado: apenas estaba comenzando. Nuevas ciudades, nuevos rostros y nuevos desafíos lo esperaban más allá del horizonte, como si la gracia de Dios lo impulsara a seguir avanzando sin mirar atrás.

"De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús."
Gálatas 6:17

Capítulo cuatro

EL CONCILIO DE JERUSALÉN

La defensa de la Fe

"Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?
Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos."
Hechos 15:10 y 11

Permítanme imaginar que el camino de Pablo hacia Jerusalén estuvo cargado de un silencio inquietante, un silencio que ni los pasos firmes del apóstol ni la compañía de Bernabé lograron romper del todo. Pienso que los grandes personajes bíblicos tuvieron una ventaja enorme sobre nosotros: el silencio. Nuestro gran problema hoy es, precisamente, el ruido constante de una cultura saturada por los medios.

Creo que si cada ministro, trabajando a tiempo completo para Dios, como corresponde, dedicara más espacio al silencio, a la búsqueda de la delicada voz del Espíritu, sería fácilmente guiado y corregido. Aquellos

hombres del pasado tenían otro manejo del tiempo y del silencio; por eso también recibieron una medida de revelaciones superior.

Yo mismo escribí un libro titulado “Sosiego”. Creo que puede ayudar mucho a los hijos de Dios a tomar conciencia sobre la importancia del silencio, la meditación y la comunión profunda con el Señor.

El viaje de Pablo no era un viaje cualquiera. Era una marcha con propósito eterno, una caminata hacia el corazón de una controversia que podría decidir el rumbo de la fe naciente. Las preguntas seguramente golpeaban su mente, pues no sabía con quiénes se encontraría ni cómo sería recibida su autoridad.

Las noticias habían corrido rápido: algunos, venidos de Judea, enseñaban a los hermanos gentiles que la circuncisión era necesaria para la salvación. La joven iglesia, apenas nacida entre el fuego del Espíritu y la sangre de los mártires, se veía ahora sacudida por un viento de doctrina que amenazaba con dividirla.

Pablo llevaba en su pecho la certeza de que la cruz había derribado toda pared de separación. Había visto a Cristo resucitado, había escuchado Su voz en el camino a Damasco y sabía que la salvación no se obtenía con cuchillos ni rituales, sino con la fe viva en el Hijo de Dios. Pero algunos querían añadir cargas al evangelio, nuevas cadenas sobre los pies de quienes ya habían sido liberados.

Mientras avanzaban hacia Jerusalén, Pablo y Bernabé repasaban en oración cada palabra y cada argumento, no para defender su propio nombre, sino para sostener la verdad que les había sido revelada. No buscaban un debate para demostrar quién tenía razón, sino preservar la esencia misma del mensaje del Reino: que en Cristo no hay judío ni griego, esclavo ni libre, circunciso ni incircunciso, sino una nueva creación **(Gálatas 3:28)**.

A cada paso, el peso de las almas de los gentiles convertidos parecía descansar sobre sus hombros. Ellos habían creído al evangelio tal como les fue predicado, sin añadiduras ni marcas antiguas de la ley. ¿Sería justo ahora ponerles un yugo que ni los padres pudieron llevar?

Al acercarse el momento del concilio, seguramente Pablo recordó sus propios días de celo fariseo, cuando defendía tradiciones judías como si fueran el corazón mismo de Dios. Ahora, caminando libre por la gracia, se estremecía al pensar que alguien quisiera devolver a otros a la esclavitud de la que Cristo los había rescatado.

La noticia del encuentro entre Pablo, Bernabé y los ancianos de la iglesia seguramente corrió de boca en boca. Algunos lo llamaban “una asamblea para la unidad”; otros, “un juicio a los gentiles”. Pero en el cielo, aquel día tenía otro nombre: el día en que la gracia sería defendida frente al tribunal de la religión.

Allí estaban los ancianos de Jerusalén, hombres que habían visto al Cristo resucitado y oído sus palabras antes de ascender al Padre. Allí estaba Pedro, el que había caminado sobre las aguas y negado al Señor, pero también el que recibió la llave para abrir la puerta del Reino a los gentiles en casa de Cornelio. También estaba Santiago, el hermano del Señor, firme como roca, reconocido por su prudencia y autoridad en medio de la comunidad. Y allí estaban los que habían venido de Judea, con rollos en la mano y un peso en la mirada, dispuestos a sostener que sin circuncisión no había salvación.

Supongo que el ambiente de aquel concilio debió de ser denso, pues no se reunieron para discutir detalles menores, sino la esencia misma del mensaje de Cristo. Las primeras palabras tal vez fueron corteses, pero bajo la superficie ardía una verdadera batalla espiritual. Los fariseos convertidos insistían en circuncidar a los gentiles y en que guardaran parte de la ley de Moisés.

Entonces Pablo, tomando autoridad, seguramente se levantó para hablar con firmeza acerca de lo que le había sido revelado. Sin duda, ese momento encerró para nosotros una nueva revelación apostólica, que hoy comprendemos mejor, pero que en aquel tiempo mantenía a muchos confundidos. Algo que, poco después, el mismo Pablo escribiría a la iglesia en Roma:

"Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo: Por el cual

también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios."
Romanos 5:1 y 2

Pablo debió relatar cómo hombres y mujeres, sin el sello de la carne considerado indispensable por los judíos, la circuncisión, habían recibido el sello del Espíritu Santo, tal como lo afirma en **Efesios 1:13**. Personas que, sin las marcas de la ley, habían sido hechas hijas de Dios por la fe. Pablo, el fariseo de fariseos que antes de su regeneración fue un acérrimo defensor de la Ley, ahora trataba de convencer a los judíos convertidos de que ya no era necesario guardar la Ley para alcanzar justicia.

Esta revelación paulina no ha perdido vigencia. Aún hoy, muchas congregaciones evangélicas caen en el error de judaizar. Movimientos que, bajo la intención de fluir en lo profético, pretenden "rescatar" prácticas del judaísmo tradicional e incorporarlas en sus liturgias.

Una de esas corrientes es el llamado "neo-judaísmo mesiánico". Debemos diferenciarlo del judaísmo mesiánico auténtico, conformado por judíos de nacimiento que creen en Jesús pero conservan ciertas costumbres culturales sin que ello afecte las doctrinas esenciales de la fe cristiana. En cambio, los "neo-judíos mesiánicos" son personas no judías que procuran imponer a los cristianos ritos, costumbres y doctrinas propias del judaísmo, como si fueran parte necesaria de la vida de la Iglesia.

En otras palabras, estas líneas doctrinales buscan judaizar al cristianismo. Hay una amplia variedad de congregaciones en esta corriente: algunas de corte pentecostal o carismático, otras infiltradas por medio del movimiento profético que quiso recuperar simbologías, fiestas y elementos de la cultura judía.

Así llegaron las danzas hebreas con su vestuario colorido e instrumentos particulares; los estandartes con símbolos judíos, la estrella de David, el candelabro, el arca del pacto, el tabernáculo o la bandera de Israel; y el uso del shofar como herramienta de adoración y supuesta manifestación profética. En ciertos lugares incluso se ha quitado la cruz de los altares para sustituirla por símbolos judíos. Y aunque algunas de estas prácticas parezcan bíblicas o inofensivas, se adoptan con argumentos que no pueden sostenerse bajo un entendimiento sano del Nuevo Pacto.

El error fundamental de estas prácticas radica en tomar de manera aislada elementos del Antiguo Testamento para hacer doctrina en la Iglesia del Nuevo Pacto, llegando incluso a sostener que hoy la Iglesia es la "Israel de Dios". Algo imposible de mezclar. La forma correcta de aplicar el Antiguo Testamento es filtrando sus enseñanzas a la luz del Nuevo, no manipulando textos aislados que conducen a herejías y deformaciones de la fe.

En medio de este ambiente de debate, Bernabé, siempre puente entre los hermanos, habló en el Concilio confirmando los milagros y señales que Dios había obrado

entre los gentiles. No eran relatos para ganar un argumento, sino pruebas vivientes de que el evangelio no se sostiene en ritos, sino en la obra poderosa de Cristo. Cada palabra abría grietas en las murallas del legalismo, dejando entrar la luz de la verdad.

Entonces se levantó Pedro, con una voz que mezclaba cansancio y firmeza, como la de quien ha aprendido a golpes, que Dios no hace acepción de personas. Recordó su visión del lienzo descendiendo del cielo y la voz que le dijo que no llamara impuro lo que Dios había limpiado. Rememoró los días en casa de Cornelio, cuando el Espíritu irrumpió sobre los gentiles sin que nadie les impusiera otra condición que creer. Y preguntó:

"¿Por qué tentáis a Dios poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?"
Hechos 15:10

Seguramente el silencio llenó el aposento después de sus palabras, un silencio cargado de peso celestial, como si el mismo Espíritu aguardara el siguiente paso. Entonces Santiago, el hermano del Señor, se puso en pie. Su voz no buscaba imponerse, sino traer claridad en medio de la confusión. Él había conocido a Jesús desde niño, lo había visto crecer, había dudado de Él en otro tiempo, pero transformado por la resurrección, guiaba ahora la iglesia madre con la prudencia de un pastor y la firmeza de un testigo.

Con las Escrituras en el corazón y la mirada encendida por la revelación, Santiago habló de lo que los profetas habían anunciado: que Dios tomaría de entre los gentiles un pueblo para Su nombre, que levantaría el tabernáculo caído de David para que todas las naciones buscaran al Señor.

Supongo que su voz fue como un río que trajo paz tras la tormenta, diciendo lo siguiente:

"Hermanos, escuchadme: Simeón nos ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para Su nombre. Y esto concuerda con las palabras de los profetas… Por lo cual, yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios"
Hechos 15:13 al 19

Sin duda, la gracia se abría paso, no como una concesión humana, sino como decisión soberana del cielo revelada a los corazones.

Entonces los ancianos y apóstoles comenzaron a asentir, uno tras otro, como quien percibe el soplo del Espíritu atravesando dudas y viejas ataduras. No sería la circuncisión la puerta a la salvación, sino la cruz. No serían las marcas en la carne las que distinguirían a los hijos del Reino, sino la marca invisible de la fe viva y el Espíritu Santo derramado en sus corazones.

En ese instante, el evangelio se afirmaba no como un camino exclusivo para Israel, sino como una puerta abierta

para todas las naciones, una luz sin fronteras, un río que ningún hombre podía contener.

Mientras el consenso se formaba, Pablo sentía un peso levantarse de sus hombros. No había viajado en vano. Aquella reunión no solo zanjaba un conflicto doctrinal; estaba escribiendo, en las tablas vivas de la iglesia, una verdad eterna: que la salvación es por gracia, sin añadiduras, sin rituales que pretendan completar lo que Cristo ya consumó en la cruz. Era el triunfo del evangelio universal sobre las barreras culturales y religiosas, una victoria silenciosa pero decisiva para la historia de la fe.

Cuando finalmente se acordó enviar una carta a las iglesias gentiles, la atmósfera del aposento había cambiado. La tensión había cedido paso a un gozo reverente, como si un peso invisible se hubiera quebrado. No era solo un documento lo que se escribiría, sino un testimonio:

"Hemos parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias…"
Hechos 15:28

Las palabras mismas parecían danzar en el aire, sellando la libertad de los creyentes en todas las naciones.

Pablo, al escuchar esas resoluciones, supo que el camino aún sería largo y lleno de disputas. Sabía que otros querrían levantar nuevamente los muros que Cristo había

derribado. Pero aquel día, en ese concilio sencillo y decisivo, la verdad del evangelio había sido defendida y proclamada: un evangelio sin barreras, una gracia sin cadenas, una salvación para todo aquel que cree.

Supongo que, a la caída del sol sobre Jerusalén, habrá culminado ese concilio, y tanto Pablo como Bernabé habrán salido del aposento con paso sereno, llevando en sus manos la carta que sellaba la libertad de los gentiles y en sus corazones la certeza de que la verdad había prevalecido. Ellos no fueron a imponer una victoria personal ni argumentos humanos para establecer una nueva religión, sino que llevaron el testimonio del Espíritu Santo, quien, a través de Su luz, les había dejado en claro que la obra de Jesucristo consumada en la cruz es suficiente y eterna.

Posiblemente Pablo pensó en los rostros de aquellos que esperaban lejos, en Antioquía, en Derbe, en Listra… Gentiles que habían creído sin haber conocido la ley de Moisés, que habían derramado lágrimas de arrepentimiento y gozo al oír que Jesús los había amado hasta la muerte. ¿Qué habría sido de ellos si el concilio hubiese decidido otra cosa? ¿Qué carga habría caído sobre sus hombros si los hombres hubieran intentado atar lo que Cristo había desatado? Supongo que el solo pensamiento le habrá arrancado una sonrisa de satisfacción.

Ese día la iglesia aprendió que los conflictos doctrinales no se resuelven con el filo de la espada ni con el ruido de las imposiciones, sino en la mesa del diálogo, bajo

la guía del Espíritu y a la luz de la Palabra. La decisión no vino de un voto apresurado, sino de corazones que buscaron juntos la voluntad del Señor.

Este fue un ejemplo que debería resonar aún en nuestros tiempos. Porque si entonces, en los albores del evangelio, la iglesia se reunió para preservar la pureza de la fe, ¿cuánto más hoy, en medio de tantas voces confusas, deberíamos sentarnos nuevamente, no para inventar verdades nuevas, sino para volver al fuego original de la revelación de Cristo?

Personalmente, creo que la iglesia de hoy necesita nuevos concilios. Lo he conversado con muchos pastores y les he compartido lo que pienso. Mi preocupación es fundamentalmente la escatología, porque considero que, en general, hay un gran desconocimiento de cómo se producirán los eventos previos a la segunda venida del Señor. Este desconocimiento ha generado muchas diferencias que parecen irreconciliables, pero que, en realidad, suelen ser defendidas más por sentimientos que por conocimiento genuino.

Los pastores repiten lo que les enseñaron en su denominación o en algún instituto en el cual estudiaron, pero generalmente no han investigado de manera personal y profunda el tema de la segunda venida de Cristo. Tampoco considero que todos tengan la posibilidad de hacerlo, porque deben ocuparse de la obra y de todo lo que implica pastorear una congregación. Lo que digo no es que se pongan a

estudiar, sino que convoquen concilios donde se puedan exponer temas como este y debatir sanamente a la luz de las Escrituras, con humildad y en absoluta dependencia del Espíritu Santo.

No necesitamos asambleas políticas, ni encuentros llenos de estrategias humanas, ni reuniones de consejos pastorales enfocadas en organizar eventos, sino lugares sagrados donde los líderes se postren y escuchen juntos al Espíritu Santo, donde se defienda la gracia frente a los legalismos modernos y se proclame, sin titubeos, que el evangelio no se negocia ni se adapta al gusto de las multitudes.

Porque si en el primer siglo algunos quisieron añadir la circuncisión, hoy otros quieren añadir filosofías vacías, doctrinas de prosperidad sin cruz, libertades que no son libertad sino cadenas disfrazadas. Y una vez más, la fe debe ser defendida, no con violencia, sino con la misma firmeza y amor con que Pablo lo hizo aquel día.

El concilio de Jerusalén marcó un antes y un después. Fue la proclamación del evangelio universal, un mensaje que derribó fronteras culturales y declaró que, en Cristo, no hay un pueblo privilegiado ni una raza escogida por herencia de sangre, sino una familia espiritual comprada por la sangre del Cordero. Cada palabra escrita en aquella carta fue como un eco del Calvario, diciendo a las naciones: *"La gracia es para todos, la cruz no tiene barreras, y el Reino está abierto para quien Dios le permita entender…"*

La historia de aquel concilio no es un relato lejano ni una página amarillenta en los anales de la iglesia primitiva. Es un llamado vivo, una advertencia y una esperanza. Porque mientras el evangelio siga siendo cuestionado, mientras la gracia sea tentada a ser sustituida por cargas humanas, mientras se levanten muros donde Cristo puso puertas abiertas, será necesario que la iglesia defienda la fe una y otra vez, hasta que el último hombre haya oído la verdad que salva y el mundo entero se rinda ante el poder de la cruz.

"Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, a los cuales no dimos orden, os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas, mandando circuncidaros y guardar la ley, nos ha parecido bien, habiendo llegado a un acuerdo, elegir varones y enviarlos a vosotros con nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Así que enviamos a Judas y a Silas, los cuales también de palabra os harán saber lo mismo. Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias."

Hechos 15:24 al 28

Capítulo cinco

MACEDONIA Y TESALÓNICA ESPERANDO SU REGRESO

Segundo viaje misionero

"…y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera..."

1 Tesalonicenses 1:9 y 10

El viento del mar Egeo traía consigo el murmullo de un continente que aún no conocía la voz del evangelio. Macedonia esperaba sin saberlo, y Tesalónica respiraba un aire cargado de incertidumbre y fervor religioso. Algo extraordinario estaba por acontecer.

Pablo, después de días de oración y búsqueda, recibió el llamado en una visión nocturna: un varón macedonio rogaba: ***"Pasa a Macedonia y ayúdanos"*** **(Hechos 16:9)**. No era solo un sueño; era un mandato celestial que abría las puertas de Europa al Reino de los cielos.

Con el corazón encendido por esa urgencia divina, Pablo cruzó las aguas desde Tróade, llevando consigo únicamente la certeza de haber sido enviado. No era un conquistador ni un diplomático: era un apóstol, un enviado del Reino invisible, encargado de anunciar las verdades eternas del evangelio.

En su paso por Filipos, Anfípolis y Apolonia, la Palabra comenzó a arder en los corazones. La predicación de Pablo fue sentando las bases de congregaciones que se convirtieron en pilares para la expansión del Reino. Luego llegó a Tesalónica, ciudad estratégica, vibrante en comercio y diversidad cultural, pero muerta respecto al conocimiento del Dios verdadero.

Allí, en medio del bullicio de los mercados y de los cantos paganos que ascendían a los templos de ídolos, la semilla del evangelio cayó en tierra fértil. Algunos corazones fueron atravesados por la luz, y nació una comunidad de fe en medio de oposición y persecución.

Pablo predicaba con lágrimas y convicción, sabiendo que el mensaje no era suyo, sino del Rey que había vencido a la muerte. En esas primeras semanas, la iglesia de Tesalónica no solo aprendió a creer, sino también a sufrir por el nombre de Cristo. Esa mezcla de fe y valentía se convirtió en un testimonio vivo para toda Macedonia y Acaya.

Más tarde, cuando Pablo se vio obligado a marchar apresuradamente por la hostilidad de los judíos y el peligro

que lo acechaba, su corazón quedó atado a aquella joven iglesia. Desde la distancia, entre viajes y prisiones, escribió cartas impregnadas de ternura y urgencia, como un padre que vela por sus hijos en medio de la tormenta.

La versión Lenguaje Sencillo expresa con cercanía el amor de Pablo, de Silvano y de Timoteo, quienes contribuyeron en la obra y en la comunicación con los tesalonicenses:

"Ustedes siguieron nuestro ejemplo y el de nuestro Señor, y aunque sufrieron mucho, recibieron ese mensaje con la profunda alegría que da el Espíritu Santo. Por eso llegaron a ser un ejemplo para todos los seguidores de Jesucristo que viven en las regiones de Macedonia y Acaya. Ustedes han anunciado el mensaje de Jesucristo, no sólo en esas regiones sino en muchas otras partes. La gente de esos lugares ya sabe que ustedes confían mucho en Dios, y no hace falta que nosotros les digamos nada más. Porque todos hablan de lo bien que ustedes nos recibieron, y cuentan cómo ustedes dejaron de adorar ídolos para adorar y servir al Dios vivo y verdadero. Ellos saben que ustedes esperan que Jesucristo regrese del cielo. Dios hizo que él resucitara para salvarnos del castigo que él dará a los pecadores en el día del juicio"
1 Tesalonicenses 1:6 al 10

En cada palabra encontramos gratitud, porque la fe de los tesalonicenses no se apagaba a pesar del fuego de la prueba. Y también esperanza, porque su mirada estaba fija en

la promesa: la gloriosa venida del Señor Jesucristo. Pero no era una espera pasiva, sino una espera activa, encendida de fervor. Y aquí descubrimos una revelación paulina que puede ayudarnos mucho en este tiempo.

Los tesalonicenses rápidamente siguieron el ejemplo de los apóstoles. Lo hicieron con gozo, y se convirtieron en dignos de ser imitados por otros. No tenían nada de lo que nosotros disfrutamos hoy, y aun así, en medio de la terrible hostilidad del sistema, su fe fue contagiosa por causa de su fervor.

Hoy tenemos hermosos salones de reunión, con mobiliario cada vez más cómodo, sistemas de calefacción para el invierno y aire acondicionado para el verano. Disponemos de sonido de alta calidad, tecnología avanzada, consolas digitales, micrófonos e instrumentos inalámbricos. Tenemos luces de colores, pantallas LED y cámaras que transmiten masivamente nuestras reuniones.

Los sistemas de trabajo permiten recibir a la gente con atención: se los capta, se los identifica, se los ministra, se los visita, se los instruye y se los consolida mediante células, sistemas y redes. Sin embargo, hay dos cosas que no se ven con frecuencia en los hermanos: la resiliencia para enfrentar las hostilidades del sistema y el enfoque correcto del evangelio.

En la época de Pablo, el evangelio producía un choque social y cultural muy fuerte. Hoy, en cambio, en muchos

lugares el evangelio se adapta a la sociedad para hacerse "amigable" al sistema. Como maestro lo he repetido muchas veces: la sociedad ha cambiado, y hoy debemos producir las reformas necesarias para comunicar el evangelio del Reino con efectividad, pero sin diluir, ni por un instante su esencia.

Para lograrlo, debemos quitar el enfoque humanista y priorizar los conceptos del Reino en la expresión del Nuevo Pacto. Si queremos ser efectivos, no debemos diluir la esencia del evangelio cayendo en extremos ineficaces: ni en los formatos religiosos que demandan sin unción, ni en los formatos motivacionales que buscan complacer el alma, alimentando sentimientos, emociones y sensaciones que nada tienen que ver con los diseños del Reino.

Por otra parte, en la comunicación del evangelio observo que muchas iglesias trabajan con sistemas que procuran alimentar el compromiso con el ministerio, pero no necesariamente con el Señor. Se esfuerzan en forjar una mentalidad ligada a la casa, pero no al Reino; promueven sujeción abnegada al liderazgo, pero no al Espíritu Santo; y proyectan la visión hacia la casa, pero no hacia la venida del Rey.

La expansión hacia Europa no fue un plan estratégico humano; fue un diseño del Espíritu Santo, quien abrió camino donde todavía no se había predicado y dictó la manera en que debía comunicarse y enseñarse el evangelio. Oremos para que una nueva corriente del Espíritu encienda pasión e

iluminación determinante, capaz de edificar a los santos en estos últimos tiempos.

En Macedonia, la Palabra comenzó a romper estructuras religiosas y culturales, derribando ídolos visibles e invisibles y preparando corazones para una esperanza que iba más allá de la vida presente. Si se pudo en Macedonia, sin Biblias, sin eventos, sin congresos y sin medios de comunicación, ¡también debería ser posible ahora, con todos los recursos que tenemos!

La iglesia naciente en Tesalónica no solo escuchó un mensaje: fue sumergida en una realidad viva. Cristo había muerto, había resucitado y vendría otra vez. Esa certeza no era teoría, era una llama que iluminaba sus noches y sostenía sus días. Quiero ser claro en esto: no tengo problemas con parecer obsesivo, pero como maestro creo que el liderazgo debe ajustar su escatología y enseñar con fidelidad acerca de la venida del Señor. Esto es clave para enfocar correctamente a los hermanos.

En las cartas de Pablo se percibe con claridad la esencia de su mensaje. Nosotros no debemos ignorarla, especialmente en tiempos tan decisivos como los que vivimos: ***"Vosotros os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo"*** **(1 Tesalonicenses 1:9 y 10)**.

Esa iglesia se convirtió en modelo para muchos, no por su fuerza humana, sino porque habían aprendido el arte

sagrado de esperar con los ojos fijos en un cielo que pronto se abriría para revelar al Rey glorioso.

Hoy no solo existen ídolos de yeso que desvían a las sociedades; el sistema está lleno de idolatría encubierta. La familia, los afectos, los proyectos personales y los bienes materiales se transforman en ídolos que, en lugar de ser confrontados, a menudo son alimentados cuando el mensaje pierde su objetivo principal.

La llegada del evangelio a Macedonia no fue simplemente una expansión geográfica de la misión; fue el amanecer de una esperanza nueva en un continente oscurecido por la idolatría. Tesalónica fue testigo de un mensaje que no buscaba mejorar la vida presente, sino que atravesaba la historia con una promesa gloriosa, fundada no en un sistema terrenal, sino en el Reino celestial.

Pablo lo entendía muy bien: la verdadera victoria del evangelio no estaba en el número de convertidos ni en la fama alcanzada, sino en la capacidad de una iglesia para amar, sufrir y esperar al Señor que volverá. Y esa esperanza, tan viva en los primeros días, debe seguir ardiendo en nuestros corazones. Por eso creo que necesitamos ajustar el mensaje y las formas.

Desde la distancia, y a pesar de todas las limitaciones de su tiempo, las cartas de Pablo viajaron como alas encendidas, llevando consuelo, exhortación y, sobre todo, la certeza de que el Cristo que vino en carne y resucitó en gloria

volvería. La fe de los tesalonicenses no se sostenía en promesas terrenales, sino en esa expectativa ardiente: un día, el cielo se rasgaría y el Hijo de Dios aparecería, no ya como el siervo humillado, sino como el Rey eterno que trae justicia y vida.

¡La Iglesia de hoy no está esperando al Rey que viene a reinar, porque muchos están enseñando que deben esperar a un ladrón que viene a llevarnos! Sin embargo, Pablo escribió que a nosotros no debe sorprendernos como su fuera un ladrón porque somos Su Iglesia amada y sabremos muy bien cuando se produzca Su venida:

"Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo…"
1 Tesalonicenses 4:16

Pablo conocía las luchas de aquella iglesia. Sabía que la persecución podía desgastar el corazón, que la demora de la promesa podía tentar al desaliento y que el peso de la espera podía volver pesada la fe. Por eso, sus palabras no eran frías doctrinas, sino latidos impregnados de esperanza viva. Les recordaba, una y otra vez, que el evangelio no es solo la noticia de una cruz pasada, sino la certeza de una corona futura.

Cristo había vencido, y volvería para completar su obra: consolar a los afligidos, recompensar a los fieles, juzgar a los impíos y manifestar para siempre el Reino que nunca tendrá fin.

Pablo no habla de rumores lejanos ni de una esperanza vaga. Habla de algo seguro, tan cierto como el amanecer después de la noche más oscura. La iglesia de Tesalónica necesitaba esa certeza. Sus lágrimas, sus pérdidas, sus noches de temor tenían un destino: serían transformadas en gozo cuando el Amado apareciera en gloria. Y esa esperanza no era solo un alivio para el futuro; debía ser la fuerza para el presente. Porque la Iglesia debía y debe saber, que Cristo viene para traer justicia y cambiar la forma de vivir en la tierra. Pero junto a la promesa, el apóstol elevó un llamado santo que contenía una nueva revelación paulina:

"Vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios."
1 Tesalonicenses 5:5 y 6

Esperar al Señor no es sentarse a contemplar el horizonte con los brazos cruzados. Es caminar en santidad, con vestiduras limpias, con el corazón vigilante y la mente sobria, como quienes saben que el Rey puede llegar en cualquier momento. Como dije anteriormente, el día del Señor será repentino, como ladrón en la noche, pero para los que viven en la luz no será sorpresa, sino un encuentro anunciado y anhelado **(1 Tesalonicenses 5:4)**.

La venida de Cristo no era un tema secundario para Pablo. Era el latido central de la fe. Sin esa esperanza, la iglesia quedaría a merced del desánimo, de la confusión, del amor al mundo. Pero con esa visión impartida, cada prueba

adquiría sentido, cada pérdida se transformaba en ofrenda, cada lágrima en semilla de gloria futura.

La iglesia primitiva no vivía soñando con un mañana incierto; vivía con la certeza de un regreso seguro. Y esa verdad les hacía firmes, santos, ardientes en amor y servicio, porque sabían que lo que hacían no era en vano, sino para el Señor que pronto se manifestaría ¡Esa era la esperanza!

Pablo deseaba que los tesalonicenses aprendieran a mirar más allá de los templos paganos, más allá del poder de Roma, más allá del dolor presente. Les invitaba a vivir con el alma erguida, como quien espera al Amado con la lámpara encendida. Porque el día del Señor vendrá, y en ese amanecer eterno las injusticias se acabarán, la muerte será tragada en victoria y el rostro del Salvador llenará de luz todo el universo.

Esa promesa debe ser la herencia de los que creemos, el ancla del alma en las tormentas presentes, la razón por la cual la Iglesia puede cantar incluso en las noches más oscuras. *"Maranatha"* no significa: "Nos vamos sobre una nube a tocar el arpa…"; significa: "¡Ven, Señor Jesús! ¡y gobierna sobre toda la tierra!".

Cuando comunicamos el evangelio, podemos generar dos tipos de esperanzas: una, centrada en un cielo imaginario lleno de casitas capaces de albergarnos por toda la eternidad junto a nuestra familia; la otra, centrada en un gobierno poderoso y eterno sobre la tierra, trayendo justicia y

redención absoluta. ¿Acaso es común ver a los cristianos hablando de un gobierno terrenal glorioso? ¿Acaso vemos a los hijos de Dios pensando en sus posiciones en un futuro terrenal?

Pablo les enseñó a ver la historia desde otra perspectiva. Roma podía gobernar con hierro, los ídolos podían alzarse en cada esquina, la muerte podía arrebatar vidas queridas, pero nada de eso tenía la última palabra. La revelación paulina es que la última palabra la dirá Cristo cuando el cielo se abra y Su voz resuene como un río de poder y gloria. Pablo les recordó que los muertos en Cristo no están perdidos, que los que duermen serán despertados en la gran mañana de Dios, y que los que vivan para entonces serán arrebatados a su encuentro, para recibir un cuerpo glorificado y estar siempre con Él.

Sin embargo, Pablo no quiso que esa expectación se convirtiera en una excusa para la pasividad ni en un refugio para escapar del presente. Al contrario, los llamó a vivir sobrios, como hijos del día, vestidos de fe y amor, con el casco de la esperanza de la salvación.

La espera del Señor no es para soñar sin actuar, sino para caminar en obediencia, servir con diligencia y apartarse de todo lo que mancha el corazón. Es una espera que purifica, que sacude la tibieza, que despierta del letargo espiritual. Porque el evangelio no es solo promesa de cielo: es poder para vivir en santidad aquí y ahora, mientras los pasos del Maestro se acercan.

Tesalónica fue un testimonio vivo de cómo una comunidad puede transformar una región entera cuando vive con la mirada puesta en Cristo. Su fe resonó como un eco en Macedonia y Acaya, no por estrategias humanas ni por palabras elocuentes, sino porque el fuego del Espíritu los mantenía despiertos y firmes. Ellos sabían que el tiempo era corto, que la noche de este mundo no duraría para siempre, que la aurora del Reino estaba cerca. Y esa convicción los impulsó a amarse unos a otros, a sostenerse en las pruebas, a predicar sin temor, a vivir como peregrinos que saben que el estado de muerte física no será su destino final y tampoco el nuestro.

Quizá hoy la iglesia ha perdido algo de esa llama primera. Esperamos, sí, pero a veces con un corazón adormecido, con una esperanza que ya no quema, con un amor que se enfría. Por eso las palabras de Pablo siguen siendo un clamor que atraviesa los siglos: ***"No durmáis… velad… sed sobrios… retened lo bueno… esperad al Rey desde los cielos"***.

La venida del Señor no es un cuento para asustar a los niños ni una profecía lejana para expertos en cronologías; es la verdad viva que sostiene la fe de los santos y nos recuerda que todo dolor, toda injusticia y todo pecado tienen los días contados.

El capítulo de Tesalónica aún no debe cerrarse. Cada generación de creyentes debe unirse a aquella iglesia en su misma espera ardiente. Nosotros también vivimos entre la

cruz y la corona, entre la promesa y el cumplimiento, entre la oscuridad del mundo y la luz que viene. Y mientras caminamos, la revelación paulina sigue sonando:

"Consolaos unos a otros con estas palabras"
1 Tesalonicenses 4:18

Porque un día, quizá en un amanecer común, quizá en medio de la noche más oscura, el cielo se abrirá y veremos al Señor. Y en ese instante, todo lo que hoy nos pesa se desvanecerá ante la gloria de Su presencia.

Hasta entonces, que Europa, América, África, toda la tierra vuelva a escuchar el eco que comenzó en Macedonia: Cristo vino, Cristo murió, Cristo resucitó… y Cristo vuelve pronto.

"Estad siempre gozosos.
Orad sin cesar.
Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.
No apaguéis al Espíritu.
No menospreciéis las profecías.
Examinadlo todo; retened lo bueno.
Absteneos de toda especie de mal.
Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo."
1Tesalonicenses 5:16 al 23

Capítulo seis

CORINTO UNA IGLESIA EN TENSIÓN

El poder del Espíritu Santo

"Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer."

1 Corintios 1:10

Corinto era un puerto abierto al mundo, pero también una puerta abierta a la inmoralidad. Sus calles respiraban el aire denso de un lugar que había aprendido a venderlo todo, incluso las almas. Los templos se erguían majestuosos, pero sus altares estaban manchados de deseos humanos disfrazados de religión.

Miles ascendían cada noche las escalinatas del templo de Afrodita, buscando la falsa comunión de los cuerpos, creyendo hallar en el abrazo de una prostituta sagrada lo que solo el Dios vivo podía ofrecerles. Era una ciudad de

esplendor y podredumbre, de negocios y cadenas invisibles, un verdadero hervidero de culturas y pasiones desordenadas.

Allí, donde los ojos se acostumbraban a la oscuridad y el corazón se endurecía por el bullicio de los intereses, llegó la voz del apóstol Pablo. Sus pies, gastados por los caminos del evangelio, pisaron aquel suelo cargado de idolatría. Venía sin riqueza ni retórica de filósofo, pero con un claro desafío contra las ideas culturales de la época. Por eso les dijo:

"¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación."

1 Corintios 1:20 y 21

Pablo no ofrecía mercancías nuevas ni misterios paganos, sino a Cristo crucificado, ***"locura para los griegos y tropiezo para los judíos"***, pero poder de Dios para todo aquel que creyera. Corinto lo escuchó con oídos incrédulos al principio, pero algunos corazones se quebraron bajo el filo invisible de la Palabra.

Allí, en medio del ruido de los comerciantes, entre discusiones de filósofos y las sombras de los templos, una luz comenzó a encenderse. La iglesia nació en un ambiente hostil, casi como una semilla lanzada a un suelo pedregoso, rodeada de espinas. Y, sin embargo, germinó, porque la

semilla llevaba vida eterna en sí misma. Hombres y mujeres, arrancados del fango del pecado, comenzaron a llamarse hermanos. En un puerto acostumbrado a las despedidas y los negocios pasajeros, surgió una comunidad llamada a vivir el amor eterno de Cristo. Sin embargo, para enfocarlos fue necesaria una nueva revelación paulina:

"Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia."
1 Corintios 1:26 al 29

Nadie llega al evangelio del Reino por medio de la sabiduría personal, ni por valores naturales, ni por tener cierto poder o portar nobleza, sino que todos somos el resultado de la gracia divina. Dios nos escogió, nosotros no lo escogimos a Él. Esto debe quedarnos claro, porque hoy en día hay hermanos que parecen convencidos de que congregarse, servir en algún área o aun dar una ofrenda es como hacerle un favor a Dios.

Pablo desestimó los valores naturales para que nadie se jacte ante la presencia de Dios. No hay méritos que nos puedan otorgar beneficios en el Reino; debemos comprender la esencia de la gracia, porque ese es el portal al orden generado a través de la humildad.

Hay ministerios que tristemente manifiestan una clara distinción entre los hermanos de una clase social elevada o con buena posición económica, y aquellos hermanos que padecen una condición humilde. Esto es penoso, pero real. Yo solía visitar una congregación que comenzó a distinguir a unos hermanos llamándolos "hijos mayores de la casa", pero curiosamente esa elección no era por madurez espiritual, sino por capacidad financiera.

En una ocasión fui invitado a dar una conferencia sobre educación financiera, y un empresario conocido se acercó a saludarme, contándome que estaba entusiasmado por escuchar lo que iba a enseñar. El pastor del lugar se acercó y le presenté a este empresario. Entonces el pastor lo invitó a sentarse en la primera fila, lo saludó públicamente distinguiendo su asistencia y luego le ofreció la plataforma para que la siguiente semana predicara y contara su testimonio de vida.

De manera personal, no me molestó que el pastor hiciera tal cosa, pero me quedé pensando: ¿Acaso el pastor haría lo mismo con otro hermano que no fuera empresario? Muchos hermanos asistieron ese día, pero nadie los distinguió ni les ofreció la plataforma, sin siquiera conocer muy bien sus vidas. Pregunto: ¿Será que hay otros intereses cuando se dan ciertos honores a algunos hermanos?

Pero volviendo a Corinto, vemos que Pablo los pone en línea para despertar humildad en los hermanos, sobre todo porque aún eran infantes espirituales en medio de un mundo

adulto en malicia. Pablo, después de dejar la ciudad, supo de tensiones, de divisiones que desgarraban la unidad del cuerpo. Supo de hermanos que, habiendo conocido la luz, aún coqueteaban con las sombras.

Fue entonces que Pablo, con el peso de un padre espiritual que vela por sus hijos, decidió escribir a los Corintios. No se trataba de un tratado frío, sino de la expresión de un apóstol que sangraba por amor a una iglesia inmadura y confundida.

Las palabras de Pablo resonaron como un espejo ante una comunidad que había olvidado quién era su Señor. Había entre ellos pleitos, orgullos disfrazados de sabiduría y alianzas con la carnalidad. Mientras uno decía: ***"Yo soy de Pablo"***, otro proclamaba: ***"Yo soy de Apolos"***, y algunos querían elevar la voz de Pedro por encima de Cristo mismo. La iglesia está llamada a reflejar la gloria del Cristo crucificado, y aquí surge otra revelación paulina que hoy puede iluminarnos nuevamente.

Muchos ministerios que han ganado notoriedad por su crecimiento o influencia mediática buscan atraer a otros ministros para que trabajen con ellos o se identifiquen con sus enseñanzas. Esto no necesariamente es malo; elegir un modo de trabajar o adoptar una línea ministerial puede ser lógico y necesario.

Lo que sí resulta peligroso es que, más allá de cualquier estructura o doctrina, no prevalezca el Cristo

crucificado. Está bien alinearse a una línea doctrinal, pero jamás debemos identificarnos más con un hombre que con el Reino y las enseñanzas de Jesucristo. Si un ministerio no puede llevarnos a una misma mente y un mismo parecer en Cristo, no sirve al Reino, sino a sí mismo.

Hoy observamos con frecuencia este tipo de identificaciones. Algunos ministerios se enfocan en captar pastores o líderes, no para servir al Reino, sino para expandir sus propios intereses y fuentes de ingreso. Amados hermanos, aprendamos de Pablo: ejercer una paternidad espiritual no implica buscar beneficio personal, sino trabajar con servicio y amor genuino.

"¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento."
1 Corintios 3:5 al 7

La carta de Pablo se convirtió en un soplo de vida, una llamada a volver al fundamento inamovible: ***"Jesucristo y este crucificado"***. Pablo no corregía con dureza humana, sino con la sabiduría del Espíritu, recordándoles que la cruz es el lugar donde todo orgullo muere y donde el corazón puede ser verdaderamente libre.

Esa carta, nacida del dolor y la esperanza, aún nos atraviesa hoy. Corinto no ha desaparecido: sus calles tienen

nuevos nombres, pero los ídolos siguen levantando altares en los rincones del corazón humano. La voz del Espíritu, a través de Pablo, sigue llamando a una iglesia que tantas veces oscila entre la luz y las sombras, a fijar sus ojos únicamente en Aquel que es Señor de todo, el único fundamento: Cristo Jesús.

En medio de esa atmósfera, Pablo no se ofreció a sí mismo como solución. No buscó ser un líder más fuerte que los demás para unificar a la iglesia bajo su nombre. Él sabía que la carne no puede sanar la carne y que el corazón del hombre solo encuentra paz cuando se postra ante Cristo crucificado.

Les recordó que la iglesia no es una competencia de elocuencia ni una exhibición de sabiduría humana, sino un pueblo nacido del poder de Dios, sostenido por su Espíritu, llamado a caminar en la mente del Señor y no en los razonamientos del mundo.

El problema de Corinto no era la falta de dones, sino de madurez. El Espíritu había derramado gracia y poder, pero los corazones aún estaban atrapados en rivalidades terrenales. Como niños, peleaban por lo superficial mientras ignoraban las profundidades del misterio revelado en Cristo.

Pablo les habló con franqueza: ***"No os pude hablar como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo"*** **(1 Corintios 3:1)**. Había algo más grande

esperándolos, pero para verlo debían dejar atrás la leche y anhelar el alimento sólido del Espíritu.

Pablo les recordó que existe una sabiduría que el mundo no conoce, un consejo eterno que no se aprende en las academias de filósofos ni en los discursos de oradores: ***"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó… Dios las ha revelado a nosotros por el Espíritu"*** **(1 Corintios 2:9 y 10)**. Esta frase invitaba a elevar la mirada, a salir del lodazal de los pleitos y entrar en la cámara secreta de la comunión con Dios, donde el Espíritu habla y revela los misterios del Reino. Aquí surgió una nueva revelación paulina.

Pablo les enseñó que solo el Espíritu Santo, quien conoce lo profundo de Dios, puede revelarnos los misterios del Reino. Hay cosas que ningún hombre puede comunicar, porque nadie las ha visto ni oído; solo el Espíritu tiene el derecho de otorgar revelación. Incluso al perseguir las revelaciones paulinas, queda claro que Pablo fue un canal; el autor y maestro de toda Palabra divina es el Espíritu Santo.

El Espíritu no es un lujo opcional para la iglesia; es la única manera de vivir el evangelio en medio de un mundo que arrastra hacia abajo. Pablo mostró que sin el Espíritu Santo todo se reduce a palabras y disputas, pero con Él, la iglesia recibe la mente misma de Cristo **(1 Corintios 2:16)**. Tener la mente de Cristo no significa solo pensar como Él pensó, sino vivir rendidos a Su corazón, movidos por Su amor y guiados por Su obediencia al Padre.

Cuán distinta sería la iglesia de Corinto si cada uno escuchara la voz del Espíritu en lugar del eco de sus propias pasiones. Cuán distinta sería la nuestra hoy, si dejáramos de buscar razones para exaltarnos y aprendiéramos a humillarnos bajo la cruz. Pablo suplicaba, no por una uniformidad superficial, sino por una unidad profunda, tejida por el Espíritu y sostenida en Cristo, donde ya no importan los nombres ni los títulos, sino solo Aquel que murió y resucitó por nosotros.

Las palabras de la carta sonaban como un clamor que atravesaba las paredes de Corinto y llegaba hasta el cielo: *"Señor, haznos uno en Ti"*. Y ese clamor aún vive, esperando corazones dispuestos a abandonar el orgullo, a despojarse de los tronos personales, y a caminar en la mente del Señor, donde la sabiduría humana se inclina ante la locura gloriosa de la cruz y la iglesia se convierte, por fin, en un solo cuerpo lleno de luz y verdad.

El Espíritu Santo había derramado dones en abundancia sobre aquella iglesia. Corinto era testigo de señales, palabras de sabiduría, lenguas y profecías, como un río de gracia que fluía en medio de un pueblo recién nacido a la fe. Y, sin embargo, ese río corría a veces sin cauce, desbordándose en desorden, confundiendo lo sagrado con lo carnal, la voz del Espíritu con el ruido del hombre. Los dones, dados para edificar, corrían el riesgo de convertirse en trofeos personales, en herramientas para exhibirse ante los demás.

Por eso Pablo, con la paciencia de un padre y la firmeza de un apóstol, levantó el estandarte del orden divino. No era un orden frío, dictado por reglas humanas, sino el orden del amor que da forma a todo lo espiritual. Les recordó que el Espíritu no se contradice ni divide, que Dios no es autor de confusión, sino de paz.

Cada don debía ejercerse bajo la guía del mismo Espíritu que los había repartido, no para la gloria del hombre, sino para la gloria de Cristo y el bien de la iglesia. Sin amor, les dijo, los dones son ruidos, campanas huecas que no dejan huella en la eternidad. Ahí surgió una nueva revelación paulina.

Como quien abre una ventana para dejar entrar la luz más pura, Pablo nos mostró el camino ***"más excelente"***. Con palabras que parecen respirar del mismo corazón de Dios, escribió aquel himno que ha atravesado los siglos y sigue encendiendo el alma: ***"El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, no es jactancioso, no se envanece… el amor nunca deja de ser"*** **(1 Corintios 13)**. En medio de una iglesia que luchaba por sobresalir, esta revelación descendió como un fuego sagrado para consumir el ego y dejar solo la llama del verdadero propósito de los dones: amar como Cristo ama.

Esto no es algo que los seres humanos podamos realizar por medio de un mandato. Pablo hablaba de las capacidades del Espíritu Santo, no de las nuestras. El amor humano es egoísta, limitado, selectivo y jactancioso.

Podemos amar a una madre, a un esposo o a un hijo, pero no con la plenitud del amor de Dios hacia desconocidos. Solo Cristo puede impartir ese amor.

1 Corintios 13 es Cristo. No es un escrito para que, por nuestro esfuerzo, amemos más y mejor. Es una exhortación para depender del Espíritu Santo, no solo para recibir y desarrollar los dones, sino para acceder a lo mejor que Él nos puede dar: *"El amor de Cristo"*. Su Espíritu puede impartir Su amor en nosotros; todos podemos acceder a Él si reconocemos humildemente nuestras limitaciones y pedimos dependientemente que Él lo haga en nuestro corazón.

Sin amor, incluso la fe más grande se marchita; incluso el conocimiento más elevado se convierte en polvo. Pablo les recordó que un día todo cesará: las lenguas, las profecías, la ciencia; pero el amor permanecerá para siempre. La iglesia no estaba llamada solo a operar en poder, sino a reflejar la esencia misma de Dios. *"Dios es amor"*, y sin esa raíz, ninguna manifestación espiritual tiene valor. La revelación paulina es que si Dios es amor y nosotros tenemos a Dios, también podemos acceder a Su amor maravilloso.

Pero el apóstol no cerró su carta allí. Elevó sus palabras hacia la esperanza más gloriosa, aquella que trasciende todo conflicto, inmadurez y dolor: ***"la resurrección de los muertos"***. Corinto, ciudad acostumbrada a la muerte disfrazada de placer, necesitaba escuchar que hay una vida que ni el pecado ni el sepulcro pueden robar. Pablo les habló del día en que la trompeta sonará, cuando lo corruptible se

vestirá de incorrupción, y la última lágrima será borrada por la mano del Cristo resucitado.

El evangelio no es solo una ética para esta vida; es un puente hacia la eternidad, una victoria ya ganada en la cruz y confirmada en la tumba vacía. ***"¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?"*** La voz de Pablo resonaba como un canto triunfal en medio de la tensión de la iglesia, recordándoles que todo lo que ahora parece importante, bienes materiales, afanes, búsqueda de éxito, será como nada ante el esplendor del día en que veamos a Cristo cara a cara. Esta es una de las revelaciones más gloriosas del evangelio.

Nuestro fin no es la tumba, y nuestra fe está fundamentada en la resurrección de Jesucristo. Si Él resucitó, nosotros también lo haremos, porque Él es la primicia de los que durmieron, y de los que dormiremos si es que no viene antes **(1 Corintios 15:20)**. Esta debe ser nuestra alegría, esperanza y seguridad.

La carta apostólica termina como empezó: llamando a un pueblo en medio del caos a fijar sus ojos en Jesús. Ni la ciudad más inmoral, ni la iglesia más inmadura, ni las divisiones más profundas son demasiado para la gracia del Señor.

Corinto estaba en tensión, sí, pero también estaba en las manos de Aquel que no deja Su obra inconclusa. La esperanza de la resurrección era la promesa de que un día

todo desorden se convertirá en armonía perfecta, todo amor imperfecto será consumado en la plenitud de Dios, y la iglesia, lavada y purificada, se levantará gloriosa junto a su Señor.

Hoy, esa carta sigue abierta, como si aún esperara nuestra respuesta. Las tensiones no han desaparecido, pero la voz del Espíritu sigue diciendo lo mismo: procuremos la madurez espiritual, dejemos de lado los conflictos e intereses personales, y obremos en dependencia del Espíritu, pensando con la mente de Cristo, activando dones, talentos y capacidades, guiados por Su amor y con la certeza de una meta gloriosa.

Corinto queda atrás en el mapa, pero no en el corazón de Pablo. Por ello volverá a escribirles. Sus pasos siguen el llamado del Espíritu; otras ciudades lo esperan, otras almas necesitan escuchar el evangelio del Reino. El viaje no termina; solo cambia de escenario, y en el horizonte se vislumbra la siguiente revelación del Cristo vivo que arde en su interior.

"Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano."
1Corintios 15:58

Capítulo siete

ÉFESO LA PUERTA DE ASIA

El diseño de la Iglesia

"La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia."
Efesios 1:20-22

Éfeso se extendía como una joya estratégica en la costa occidental de Asia Menor, sobre el mar Egeo: un puente entre Oriente y Occidente, un nudo donde las rutas comerciales se entrelazaban con las voces de decenas de culturas, lenguas y creencias.

Sus calles empedradas, llenas de mercaderes y peregrinos, conducían inevitablemente hacia la grandeza imponente del templo de Artemisa, una de las maravillas del mundo antiguo. Allí, el humo de los sacrificios se elevaba día y noche como desafío abierto al cielo verdadero. La devoción humana estaba mezclada con superstición, magia y poder

terrenal; la ciudad brillaba en riquezas, pero estaba dominada por tinieblas espirituales que se escondían tras los altares y las promesas de prosperidad.

Fue allí donde Pablo llegó, con pasos cansados pero un espíritu encendido por el fuego del Evangelio. Cada ciudad tenía su carácter, pero Éfeso era distinta: se sentía en el aire un peso, como si principados invisibles custodiaran sus puertas. No era solo una ciudad importante; era una fortaleza espiritual, una encrucijada donde el Reino de Dios debía abrirse paso por medio de la unción apostólica.

Éfeso era la puerta de Asia, y seguramente Pablo consideró esta situación con cuidado. Si el Evangelio conquistaba esa puerta, la Palabra se derramaría como un río hacia las naciones circundantes, porque el comercio de muchas ciudades pasaba por Éfeso. La evangelización de una ciudad clave como Éfeso generaría un impacto profundo en el continente asiático.

Creo que la esencia de toda carta apostólica persigue un objetivo divino; por eso me permito asomarme a cada carta con la intención de captar cuál es, en realidad, esa esencia para cada lugar. El apóstol Pablo, por algún motivo, eligió elevar su enseñanza estableciendo una realidad espiritual contundente: la Iglesia está sentada en lugares celestiales, por encima de todo dominio que pretenda gobernar a los hombres. Ciertamente, esa es una revelación paulina extraordinaria.

La epístola a los Efesios es, a mi entender, una de las cartas más cargada de palabras reveladas, ya que Pablo, comparte a los hermanos de Éfeso, novedosas lecciones respecto del diseño de la Iglesia. No comienza tratando problemas personales o familiares, sino hablando de la posición y las virtudes de la Iglesia. Tal vez por esto les instó a orar, pidiendo a Dios revelación: del propósito, de las riquezas en Cristo y del poder en el que la Iglesia podía operar **(Efesios 1:15 al 23)**.

La riqueza espiritual de la carta fue tal, que, en lugar de escribir una carta extensa y detallada, Pablo decidió redactar un texto compacto y recomendó una lectura atenta: ***"Si ustedes leen lo que escribí, podrán captar cómo entiendo el plan secreto que se ha dado a conocer con Cristo"*** **(Efesios 3:4 PDT)**.

Fue en ese ambiente, en medio de un choque entre dos reinos, donde nació la revelación de los ***"lugares celestiales"***. Pablo no solo hablaba del Cristo que murió y resucitó; hablaba del Cristo que ascendió y fue sentado a la diestra del Padre, muy por encima de todo poder. Y en esa misma posición, el Padre colocaba a su Iglesia **(Efesios 1:3)**.

Éfeso debía aprender que no era una comunidad pequeña frente a un imperio espiritual hostil, sino un pueblo llamado a reinar con Cristo, a vivir desde la altura de su victoria, a caminar en la tierra, pero sentado en los cielos. Esta verdad, como un rayo de luz, comenzaba a trazar el destino espiritual de la iglesia en la ciudad.

En medio de la ciudad más orgullosa de Asia, el Reino eterno estaba a punto de abrirse camino, no con fuerza terrenal, sino con la verdad viva que derriba fortalezas invisibles. Ciertamente, una puerta se abrió y el evangelio corrió como río impetuoso. Es por esto que Pablo, escribió esta carta que hoy disfrutamos.

Pablo entendió que esa pequeña iglesia nacida en Éfeso era digna de recibir diseños que no habían sido revelados a hermanos de otras ciudades. Hablar del diseño de la Iglesia es algo complejo, porque la Iglesia no es una institución religiosa, sino un organismo vivo y espiritual, lo que la vuelve difícil de explicar con criterios naturales.

La mejor manera que encontró el apóstol fue observarla como si fuera un diamante expuesto a la luz del sol. Los rayos de luz que emergen del mismo son diferentes en tamaños, formas y colores, pero todos proceden de la misma piedra preciosa. Así es la Iglesia del Señor: una sola, pero con un diseño tan complejo que el entendimiento natural apenas puede captar su magnificencia.

"Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la

paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades."
Efesios 2:13 al 16

El apóstol describió a Iglesia como un diseño levantado a través de siete dimensiones gloriosas, siete rostros de una misma realidad viva en Cristo. Era, en primer lugar, el Nuevo Hombre. En una ciudad dividida entre judíos y gentiles, esclavos y libres, ricos y pobres, Pablo veía surgir algo que jamás había existido: una humanidad reconciliada en la cruz. El muro de separación caía y, de las ruinas de viejas enemistades, nacía una familia distinta, un hombre nuevo creado según Dios en justicia y santidad de la verdad.

Pablo enseñó que la Iglesia también era la familia de Dios, un hogar que no se encontraba en las casas lujosas de los mercaderes ni en las fraternidades de los gremios, sino en los corazones que habían sido adoptados por el Padre celestial **(Efesios 2:19)**.

En medio de una ciudad donde la orfandad espiritual se escondía tras las máscaras de poder y riqueza, la Iglesia ofrecía el abrazo del Padre eterno. Allí, los nombres no se escribían en registros humanos, sino en el libro de la vida, y cada hermano era un recordatorio de que el cielo había abierto sus puertas para acoger a los perdidos.

Pablo también vio a la Iglesia como la morada de Dios en el Espíritu. No se trataba de levantar un templo de piedra que pudiera rivalizar con el de Artemisa; era mucho más

glorioso que eso **(Efesios 2:22)**. El Dios vivo había decidido habitar entre su pueblo, hacer de corazones antes oscuros un santuario donde su gloria reposaba.

Éfeso, acostumbrada a ver sacerdotes que servían a dioses mudos, comenzaba a vislumbrar un pueblo que llevaba en sí mismo la presencia del Dios verdadero. La Iglesia se convertía en un testimonio vivo: Dios camina entre los hombres, no como ídolo tallado, sino como Espíritu que llena de luz y vida.

Pero había una batalla, y la Iglesia debía ser también como el guerrero de Dios **(Efesios 6:12 y 13)**. Pablo lo sabía: no bastaba con tener doctrina; había que aprender a resistir, a permanecer firmes cuando los vientos de oposición se levantaban. Por eso, el apóstol veía a la Iglesia como un Nuevo Hombre guerrero, armado con el evangelio de la paz, con fe, con oración, con la palabra viva. Un guerrero que vestía la armadura de Dios, que luchaba no contra carne y sangre, sino contra potestades y huestes en los lugares celestiales, avanzando bajo la bandera del Cristo vencedor.

En sus oraciones, Pablo suspiraba también por un misterio más tierno y glorioso: la Iglesia como la novia de Cristo **(Efesios 5:27)**. En medio de una ciudad donde el amor se compraba y se vendía, donde la pureza era moneda escasa, surgía un pueblo apartado, vestido de lino fino, esperando al Esposo que vendría.

Debía ser un amor que no se negociaba, una devoción ardiente que no se contaminaba con la idolatría de la ciudad. La Iglesia en Éfeso debía aprender que no era solo un pueblo salvado, sino una esposa amada, llamada a guardar su corazón entero para Aquel que la había redimido con su sangre. Tal vez por eso mismo Jesús, a través de Juan, le escribió una carta exhortándola a volver al primer amor **(Apocalipsis 2:4 y 5)**.

Además, al contemplar la vida de los creyentes, Pablo no podía dejar de ver la imagen del Cuerpo de Cristo, donde cada miembro tenía un lugar, una función, un fluir de gracia **(Efesios 1:22 y 23)**. Allí no había espacio para los celos de los gremios ni para la lucha de poder tan común en la sociedad; allí, la cabeza era Cristo, y de Él fluía la vida que sostenía a todos. Era una comunidad viva, no una estructura muerta; un organismo lleno de Espíritu, que crecía en amor y edificación mutua.

Finalmente, Pablo percibió a la Iglesia como la expresión del Reino de Dios en la tierra **(Efesios 5:5)**. No era un reino humano que conquistara con ejército y tributos; era el gobierno del cielo invadiendo las calles de Éfeso y hasta lo último de la tierra, trayendo libertad a los cautivos, sanidad a los quebrantados y verdad a los engañados. Era un Reino invisible pero imparable, un trono eterno establecido en los corazones de los creyentes, que desafiaba el poder de los ídolos y anunciaba la llegada del Rey verdadero.

Siete facetas de una misma gloria, siete rayos de una misma luz que resplandecía en medio de la oscuridad de Éfeso. Hay otras características de la Iglesia que podemos descubrir en las Escrituras, algunas de las cuales también fueron expresadas por el mismo Señor: el templo, la congregación, la asamblea, el monte de Sión, la escogida, el redil, el aprisco, la red, etc. Esto es posible porque un diseño tan extraordinario como la Iglesia puede tener características muy especiales.

Estas miradas de Pablo son geniales para la época. Tal vez hoy nos suenen normales porque estamos acostumbrados a escucharlas y mencionarlas, pero ciertamente no lo son. Pablo no tenía referencias como nosotros; él solo pudo ver en el espíritu lo que hasta el momendo, nadie había visto de esa manera, ni siquiera alguno de los apóstoles que caminaron con Jesús.

Fue Pablo quien entendió que somos morada de Dios, porque Él habita nuestro ser interior y nosotros vivimos en Él porque fuimos bautizados o sumergidos en Su cuerpo, que es el Nuevo Hombre. Este Nuevo Hombre tiene una novia, pero no hay conflicto en esto, porque el mismo Pablo se encarga de explicar que somos miembros de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos **(Efesios 5:30)**.

El Nuevo Hombre está compuesto por todos los renacidos, mientras Cristo mismo es la cabeza, y todos formamos un solo y nuevo ser. Ese Nuevo Hombre es guerrero y puede revestirse de una armadura muy especial,

absolutamente espiritual. La unidad espiritual de la Iglesia debería darnos acceso a la armadura descrita por Pablo, porque él le escribía a una Iglesia, no a un individuo; lamentablemente, siempre se interpreta la armadura como algo que cada quien puede ponerse por separado.

No olvidemos que Pablo visitó el tercer cielo y recibió el evangelio por revelación; por eso debemos esforzarnos por comprender lo que quiso enseñar con estas descripciones. Todos somos uno en Cristo, pero a la vez, todos somos hijos de una misma familia, no una familia cualquiera, sino una familia real. En Cristo, todos vivimos bajo la autoridad de un Reino.

Como vemos, la Iglesia no tiene absolutamente nada que ver con una construcción de diseño humano. La Iglesia no fue creada para expresar una religión, ni es una institución como algunos la reconocen. Entiendo que, naturalmente, toda congregación demanda una legalidad y una estructura organizacional. Es cierto también que tener salones de reunión, nombres y sistemas de trabajo es lógico y normal, pero no debemos ser engañados por eso.

Es decir, la sociedad seguramente verá a la Iglesia como estas cosas, pero nosotros debemos tener una visión más profunda y exacta de la Iglesia. Cuando no la tenemos, terminamos comportándonos conforme a lo que vemos y entendemos naturalmente. Y cuando eso sucede, nuestra efectividad se ve seriamente limitada.

Mientras Pablo enseñaba estas verdades, los cielos parecían abrirse sobre Éfeso. La ciudad no lo sabía aún, pero una puerta espiritual se había abierto, y nada podría volver a cerrarla. Sin embargo, la luz nunca se abre paso sin que la oscuridad intente apagarla. A medida que el Evangelio avanzaba en Éfeso, la tensión espiritual se hacía cada vez más visible.

La ciudad, tan orgullosa de sus ídolos y encantamientos, comenzó a temblar bajo la presencia de un poder que no conocía rival. No era un enfrentamiento físico, sino una colisión de reinos. Allí donde se proclamaba el nombre de Jesús, los espíritus inmundos quedaban expuestos y huían, y la autoridad de Cristo despojaba a los poderes ocultos que habían mantenido a la ciudad cautiva durante generaciones.

El episodio de los exorcistas ambulantes lo dejó claro. Algunos intentaron usar el nombre de Jesús como una fórmula mágica, un hechizo más en su repertorio de palabras poderosas. Pero el mundo espiritual reconocía una autoridad que no se fingía: ***"A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?"*** **(Hechos 19:15)**.

Esa escena se grabó en la memoria de la ciudad como un fuego que purifica: no se trata de pronunciar nombres santos, sino de vivir bajo el señorío del Cristo exaltado. Solo quienes están verdaderamente sentados con Él en lugares celestiales pueden ejercer autoridad sobre las tinieblas.

La palabra del Señor crecía y prevalecía, pero no sin costo. La economía de la idolatría se tambaleaba, y el rugido de la multitud en el teatro clamaba por Artemisa, intentando sofocar la voz del Evangelio. No era solo un choque de ideas; era una guerra espiritual en toda regla.

Los altares paganos se estremecían porque una Iglesia pequeña, sin recursos ni poder humano, se había levantado bajo la autoridad del Rey de reyes. Cada oración, cada acto de fe, era una lanza soltada contra los principados que habían reclamado Éfeso como suya. Allí se aprendió una lección eterna: cuando Cristo gobierna desde el corazón de su pueblo, los tronos de las tinieblas comienzan a caer.

Pablo, al escribir más tarde a los efesios, no les habló de estrategias humanas ni de métodos para crecer como comunidad. Les habló de la confrontación y de la armadura. Les recordó que su lucha no era contra hombres, sino contra fuerzas espirituales en las regiones celestes. Éfeso era un campo de batalla, pero no uno terrenal; era una ciudad donde el cielo y el infierno se encontraban cara a cara, y la Iglesia debía aprender a pelear desde la victoria de la cruz.

De allí brota la revelación de la autoridad espiritual. No es un título ni una posición humana; es el fruto de estar unidos a Cristo, de vivir bajo su señorío, de permanecer en Su Palabra y caminar en obediencia. La autoridad no se toma, se recibe. Es la misma autoridad que hizo retroceder a los demonios cuando Pablo predicaba, la misma que derribaba fortalezas invisibles mientras los creyentes oraban juntos.

De esa autoridad nace también la unidad del Espíritu. En un ambiente saturado de divisiones, de intereses y rivalidades, la Iglesia aprendía que la única forma de resistir las tinieblas era permanecer unida, atada por la paz que Cristo había ganado en la cruz. ***"Un solo cuerpo, un solo Espíritu, una sola esperanza, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos"*** **(Efesios 4:4 al 6)**. La unidad no era un acuerdo humano; era una obra divina, una corriente del Espíritu que hacía de muchos un solo pueblo, un ejército que avanzaba bajo un mismo estandarte.

El eco de esos días aún resuena. Éfeso fue una puerta, pero no por su riqueza ni por su posición geográfica, sino porque allí se levantó una Iglesia que entendió quién era en Cristo: un pueblo sentado en lugares celestiales, llamado a reinar, a amar, a edificar, a guerrear, a permanecer fiel como novia, a crecer como cuerpo y a manifestar el Reino eterno en medio de un mundo dominado por las tinieblas.

Hoy en día, cuando las ciudades modernas levantan sus propios ídolos y las fuerzas invisibles siguen buscando dominio sobre las almas, la voz del Espíritu sigue llamando a la Iglesia a vivir esa misma realidad: a dejar de caminar como derrotados, a levantarse en la autoridad del Cristo victorioso, a unirse bajo un mismo Espíritu y a establecer puertas abiertas para el Reino donde antes solo había cadenas.

Quizás algunos sientan que su entorno es tan resistente al Evangelio como aquella Éfeso antigua. Quizás las

potestades parezcan demasiado fuertes, y el corazón tiemble frente a la oposición. Pero la verdad permanece: Cristo está sentado por encima de todo principado y poder, y con Él está sentada su Iglesia. Ninguna oscuridad puede apagar esa luz; ninguna puerta puede cerrarse donde el Rey ha decidido entrar.

Sin embargo, recibir la gracia de un diseño glorioso, la instrucción sobre cómo gestionar la fe y el posicionamiento para la victoria no garantiza el éxito si el corazón se enfría. Éfeso fue una iglesia encendida y poderosa; por eso, Dios la exaltó de manera muy especial. No obstante, esa misma iglesia, a pesar de su arduo trabajo, olvidó el primer amor y tuvo que ser reprendida por el Señor, quien la llamó al arrepentimiento **(Apocalipsis 2:4 y 5)**.

Además, sabemos que con el paso del tiempo dicha iglesia terminó desapareciendo. Hoy, Éfeso es una ruina histórica en Turquía. Aunque existe una pequeña iglesia protestante en la cercana ciudad de Selçuk, la iglesia original ya no permanece, salvo en las piedras simbólicas que los turistas suelen visitar.

Espero que cada palabra escrita por Pablo a los efesios vuelva hoy a encender el fuego en el corazón: somos el pueblo del Dios vivo, guerreros de luz, familia eterna, novia pura, cuerpo viviente, nueva humanidad y expresión de un Reino inconmovible. Que la oración que Pablo elevó por Éfeso sea también la nuestra:

"Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento…"

Efesios 1:17 y 18

Capítulo ocho

ROMA LA CUMBRE DOCTRINAL

La experiencia del tercer viaje

"Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá."
Romanos 1:16 y 17

Pablo aún permanecía en Corinto, refugiado en una casa modesta donde se hospedaba. La ciudad seguía vibrando con el comercio y el bullicio cotidiano, pero la iglesia local avanzaba, silenciosa pero firme, en su crecimiento espiritual. Pablo no veía la iglesia como una mera congregación; su visión era más amplia: contemplaba un cuerpo vivo, extraordinario, espiritual, extendido en todo lugar donde un alma renacida se entregaba a Cristo.

Su mente y corazón no se limitaban a Corinto. Desde allí convocó a Tercio, su escriba dispuesto, quien, sentado a

su lado, con pluma en mano, estaba listo para registrar palabra por palabra lo que Pablo le dictara **(Romanos 16:22)**. Fue así como comenzó a surgir la extraordinaria carta a la iglesia de Roma.

No era una carta cualquiera. Pablo lo sabía. Sus viajes lo habían llevado a fundar iglesias, confrontar idolatría, desafiar tradiciones vacías y levantar comunidades de fe en medio de las persecuciones y las burlas. Pero Roma… Roma era diferente. Allí, la hostilidad espiritual alcanzaba un nivel que incluso, con los años, marcaría su propia muerte.

Roma concentraba no solo poder y riqueza, sino también el pensamiento humano en su cúspide: leyes, filosofías, religiones diversas, un imperio que se creía dueño de la última palabra sobre la vida y la muerte. Sin embargo, bajo esa apariencia de grandeza, se escondía la misma herida que Pablo había observado en cada ciudad: hombres y mujeres destituidos de la gloria de Dios, encadenados al pecado y ajenos a su necesidad de redención.

Pablo comprendía que la iglesia de Roma estaba formada por creyentes que, sin haber recibido aún enseñanza apostólica directa, se reunían con celo admirable. Esa comunidad era un faro en medio de la capital del mundo, pero también un rebaño vulnerable, rodeado de filosofías seductoras, religiosidad vacía y peligros doctrinales.

Desde Corinto, el apóstol sintió la urgencia de entregarles la verdad más completa, el evangelio tal como lo

había recibido del mismo Cristo. Con manos curtidas y corazón encendido, dictó lo que siglos después sería considerado la joya doctrinal de las Escrituras: la epístola a los Romanos.

Las primeras palabras no eran casuales ni protocolares: ***"Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios"***. Antes de enseñar, el apóstol se despoja de todo título humano. No se presenta como el gran orador, ni el maestro sabio, ni el hombre de logros. Se reconoce esclavo voluntario de Cristo, mensajero apartado para un evangelio que no le pertenece, sino que proviene de Dios mismo.

Desde el inicio, Roma debía entender que lo que estaba por leer no era filosofía para debatir en plazas ni doctrina más para añadir a sus bibliotecas de pensamiento. Era un desarrollo magistral del plan divino, donde Pablo arranca describiendo la rebelión humana, su incapacidad y su condición, y concluye con un hombre redimido por la gracia de Dios. Era un mensaje nacido del corazón de Dios, atravesando la historia para ofrecer entendimiento a todo aquel que cree.

La salvación, sin embargo, solo tiene sentido cuando el hombre reconoce su condición y la necesidad de la gracia divina. Por eso Pablo comienza mostrando la realidad de la humanidad alejada de Dios, un diagnóstico espiritual que derriba toda máscara de bondad propia, y toda confianza en las obras humanas: ***"La ira de Dios se revela desde el cielo***

contra toda impiedad e injusticia de los hombres" **(Romanos 1:18)**.

En sus palabras, los gentiles que se creían sabios en su idolatría se muestran necios, cambiando la gloria del Creador por imágenes corruptibles. Aquí encontramos una nueva revelación paulina: la creación, que debería acercar al hombre a Dios, se ha convertido en escenario de rebeldía. Ninguno queda exento, incluso los judíos, que poseían la Ley pero no lograban comprender su condición. Veían la piedra, pero no veían a Dios a través de ella.

Pablo pinta paso a paso la tragedia universal: ***"No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno"*** **(Romanos 3:10 al 12)**. Toda la humanidad ha caído bajo el dominio del pecado, y la gloria para la que fuimos creados se ha vuelto un horizonte perdido, inaccesible por esfuerzo humano.

Roma necesitaba escuchar esto. La ciudad que se enorgullecía de su poder y de su justicia, debía comprender que ninguna espada, ninguna norma, ninguna filosofía podría redimir al hombre de su verdadera esclavitud: la del corazón rebelde. El problema no estaba en la superficie; no eran solo las acciones, sino una raíz corrupta que se extendía desde Adán hasta el último de los hombres.

La enfermedad era profunda, y la sentencia, inapelable: todos, sin excepción, estábamos destituidos de la gloria de Dios, sin mérito para alcanzarla. Esa era la condición del hombre romano, griego, judío o bárbaro… del mundo entero. Lo era entonces, y sigue siendo hoy. Cuando digo "estábamos", hablo del estado previo a la intervención de la gracia soberana que alcanza a quienes Dios llama.

Pablo conocía esa caída de primera mano: había sido perseguidor, blasfemo, enemigo del Señor. Sabía que el corazón humano no se regenera con educación ni se endereza con normas, porque la raíz está muerta espiritualmente. Pero también sabía que en Cristo había visto la luz que ninguna tiniebla puede apagar, el poder que ninguna cadena puede resistir.

El apóstol profundizó en la raíz del verdadero problema: el pecado no es solo un error o una conducta equivocada, sino una potestad que reina sobre el corazón humano. Sus palabras resonaban con ecos de Génesis: Adán cayendo, la creación gimiendo, la muerte extendiéndose como sombra sobre todos. ***"Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios"***. No hay excepciones ni escapatoria: ni la religión, ni la ley, ni la filosofía tienen poder para devolver la vida perdida.

Roma se enorgullecía de su justicia, de su código legal, de su sistema ordenado. Pero ante Dios, toda justicia humana es como trapo de inmundicia **(Isaías 64:6)**, incapaz de borrar una sola mancha del alma. Pablo lo escribía con firmeza: la

raíz del mal está en lo más profundo del ser humano, en la rebelión interior contra el Creador.

El pecado es un tirano que no deja libre a nadie, una prisión de la cual nadie puede escapar por sus propios medios. El verdadero problema del hombre no es la falta de conocimiento, sino la ausencia de vida divina en su interior: un corazón muerto espiritualmente, incapaz de buscar a Dios, de arrepentirse por sí mismo y mucho menos de obedecerle.

Pablo conocía la gracia de Dios; la había visto brillar en el camino a Damasco, cuando Cristo mismo se le apareció. Ahora deseaba que esa luz alcanzara a Roma. Por eso escribió con fuerza y esperanza: ***"Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él"*** **(Romanos 3:21 y 22)**. Aquí se abre la primera gran cima doctrinal de Romanos: "la justificación".

La escena se traslada a un tribunal eterno donde todos los hombres comparecen culpables. La sentencia es clara: "La paga del pecado es muerte". Pero de pronto, un Cordero sin mancha se presenta en lugar del condenado. La sangre del Hijo de Dios corre, no como símbolo vacío, sino como pago real por la deuda eterna del hombre. El juez, el mismo Dios, declara: "Cumplida la sentencia", no porque el hombre haya cumplido, sino porque Cristo cumplió en nuestro lugar.

Este acto divino es la justificación: la imputación de la justicia de Cristo al pecador que cree. Roma debía entenderlo: ninguna obra, ningún mérito, ningún rito podía lograr lo que la cruz había alcanzado de una vez y para siempre. Incluso hoy, algunos confunden el perdón con la justificación. El perdón es liberador para el alma, pero no borra la injusticia; la justificación, en cambio, elimina todo legajo de culpa, porque la condena ha sido cumplida.

La paga del pecado era muerte, y esa condena debía cumplirse. Jesús murió en nuestro lugar, y en Él, toda culpa fue pagada y toda condena cumplida. Esa es la gracia divina: no solo murió en nuestro lugar, sino que nos resucitó en Él a vida nueva **(Romanos 6:4)**.

La gracia no solo justifica, sino que inicia una obra continua en el creyente. La segunda cima doctrinal se eleva en **Romanos 6**: "la santificación". El evangelio no es un pergamino de absolución colgado en una pared; es una vida nueva implantada por el Espíritu. Pablo lo describe con palabras que parecen talladas en piedra eterna: ***"¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?… así también andemos en vida nueva".***

El pecado no solo es perdonado, es destronado. La muerte de Cristo se convierte en la muerte del viejo hombre, y Su resurrección nos introduce a un camino donde ya no somos esclavos del pecado, sino siervos de la justicia. La santificación es un proceso glorioso: el Espíritu Santo arranca

cadenas invisibles, transforma pensamientos, purifica deseos y moldea el carácter para reflejar a Cristo. Es un trabajo paciente y poderoso, donde la gracia no solo cubre, sino que limpia y renueva.

Roma, con su disciplina y orgullo de orden, debía comprender que ninguna ley externa podría producir esta vida. Solo el Espíritu que habita en el creyente puede engendrar un amor verdadero a Dios y un poder real para vencer al mal. Por eso la carta asciende hasta **Romanos 8**, donde la voz de Pablo se llena de certeza:

"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte."
Romanos 8:1 y 2

Mientras dictaba estas palabras, Pablo parecía escuchar la libertad del evangelio resonando como campanas eternas. La justificación quita la culpa del pasado. La santificación rompe el poder presente del pecado. La carta a los Romanos comenzaba a desplegar la grandeza de la obra de Cristo: un evangelio que no solo informa, sino que salva, transforma y conduce al hombre a un destino eterno que ninguna ciudad humana, por poderosa que sea, podría ofrecer.

Reitero, en su carta a los romanos, Pablo no escribía para fundar iglesias ni para enfrentar herejías, sino para revelar el misterio glorioso que une al creyente con Cristo en una historia que trasciende el tiempo y la muerte: "la glorificación". Esto convierte sus escritos en un verdadero tesoro de riquezas espirituales, dignas de ser saboreadas lentamente.

La carta, que comenzó con la confesión del pecado universal y continuó con la maravilla de la justificación y la santificación, ahora apunta a la esperanza suprema. En el capítulo ocho, Pablo escribe con voz profética: ***"Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Cristo; si es que padecemos juntamente, para que juntamente seamos glorificados"*** **(Romanos 8:17)**.

La glorificación no es un simple destino, sino la consumación de todo el plan divino. Es el día en que el cuerpo mortal será revestido de inmortalidad, cuando toda lágrima será enjugada y todos los creyentes participaremos plenamente de la gloria de Dios.

Esta verdad no era un ideal lejano ni un sueño incierto. Es una certeza segura, arraigada en la fidelidad de Dios y en la obra consumada de Cristo. Pablo se regocijaba en ella como un pastor que ve a su rebaño caminando hacia el redil eterno, libres por fin de toda sombra, llenos de luz eterna. Roma debía abrazar esta esperanza, porque sin ella, la justicia de Dios sería un juicio frío, la gracia una mera concesión y la vida cristiana una lucha sin sentido.

Pero la carta no termina en la glorificación; también revela la dimensión universal y poderosa del evangelio. El mensaje que Pablo entrega es, en sus palabras: ***"poder de Dios para salvación de todo aquel que cree"*** **(Romanos 1:16)**. Esa frase late con fuerza. No es solo un anuncio para un grupo selecto, sino la proclamación de un poder capaz de transformar toda la humanidad. La cruz es más que un símbolo: es la fuente de una energía sobrenatural que deshace los reinos de las tinieblas, levanta a los caídos y establece un Reino eterno.

Roma, con sus legiones y leyes, no tenía nada comparable a ese poder. Su gloria era pasajera, su justicia limitada, su esperanza mortal. El evangelio que Pablo escribió desde Corinto era la verdadera fuerza que el mundo necesitaba: el remedio para la enfermedad del alma humana, el agua viva que satisface la sed eterna.

Al cerrar la carta, Pablo eleva una invitación que trasciende siglos: presentar el cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios; no conformarse con las formas del mundo; permitir que la mente se renueve y se someta a la voluntad de Dios. Este llamado es el eco final de la carta: la vida en el evangelio es un camino de entrega total, una respuesta apasionada al amor que justificó, santificó y promete glorificar.

Cuando Pablo terminó de dictar esta carta, sabía que llegaría a manos de personas que enfrentarían dudas, persecuciones y desafíos que él apenas podía imaginar. Pero

también sabía que el evangelio posee una fuerza irresistible, una luz que ni la oscuridad más densa puede apagar. Roma, la ciudad del poder humano, estaba a punto de escuchar la verdad más alta: que en Cristo Jesús reside el poder para salvar, transformar y llevar al hombre a su destino eterno.

Y en el silencio de aquella noche, con la pluma reposando y el corazón en calma, Pablo debió orar para que cada lector, desde Roma hasta los confines de la tierra, pudiera oír el mismo llamado de gracia y amor:

"El justo por la fe vivirá"
Romanos 1:17

CONCLUSIÓN Y PROYECCIÓN

La historia de la Iglesia primitiva no puede narrarse sin detenerse ante la figura de Pablo, el apóstol de los gentiles. Tampoco puede comprenderse sin sumergirse en el caudal de revelaciones que, por medio de él, el Espíritu Santo entregó a la Iglesia de todos los tiempos. Por eso decidí escribir este libro y el segundo de esta serie que ciertamente son muy especiales para mí. Realmente he disfrutado cada página, porque este trabajo me ha enriquecido de manera profunda y permanente.

Lo que hemos recorrido en este primer ejemplar no es un simple repaso histórico, ni una biografía de un hombre excepcional, sino un viaje al corazón del Evangelio revelado por Jesucristo a través de un vaso humano quebrantado, transformado y comisionado para llevar la luz a las naciones.

Cada capítulo nos ha invitado a observar cómo el plan eterno de Dios se desplegó paso a paso en la vida y ministerio de Pablo. Desde el instante glorioso en el camino a Damasco, donde el perseguidor encontró al Cristo vivo, hasta la majestuosa carta a los Romanos, donde el evangelio brilla en toda su plenitud doctrinal, hemos visto que no se trata solo de un hombre aprendiendo a caminar con Dios, sino de un Dios eterno revelando el misterio de su gracia a través de un instrumento rendido.

El viaje comenzó en la oscuridad de la religiosidad farisea. Pablo, armado de celo pero vacío de verdad, respiraba amenazas y muerte contra los discípulos de Jesús. Su religión era un sistema sin luz, una estructura de obras que lo conducía, sin saberlo, a oponerse a Aquel que decía amar y servir.

Pero una voz rompió sus esquemas, una luz más fuerte que el sol lo cegó para que pudiera ver, y un llamado eterno se hizo audible: ***"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"***. En esa pregunta estaba escondida la primera gran revelación paulina: "Cristo y Su Iglesia son uno". Perseguir a los creyentes era perseguir al Señor mismo, y en esa unión inseparable estaba el misterio que luego sería columna en toda su enseñanza: la Iglesia es el cuerpo de Cristo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Luego vinieron los años de silencio en Arabia y Tarso, la escuela del desierto donde el Espíritu Santo reemplazó antiguos pensamientos por los pensamientos de Cristo. Allí, lejos de multitudes y aplausos, Pablo aprendió que el ministerio no se sostiene por el prestigio humano sino por la unción del cielo.

Allí recibió la revelación directa del evangelio del Nuevo Pacto, no aprendido de hombres, sino de Jesucristo mismo. Fue en ese lugar escondido donde la gracia dejó de ser un concepto y se convirtió en vida, donde el fariseo conoció la libertad de un hijo adoptado por el Padre celestial.

Con el paso del tiempo, el fuego del llamado lo condujo a Antioquía, a una iglesia vibrante, llena del Espíritu y dispuesta a enviar. Allí comenzó la misión a los gentiles, el cumplimiento del plan eterno que había estado oculto desde los siglos: que en Cristo, judíos y gentiles fueran un solo pueblo, reconciliados por la cruz.

Los viajes misioneros, las cartas llenas de celo por la verdad, las luchas contra doctrinas falsas y el enfrentamiento valiente frente a líderes influyentes mostraron a un hombre consumido por una sola pasión: que el evangelio de Cristo no fuera adulterado, que la gracia no fuera reemplazada por la ley, que la libertad en el Espíritu no fuera esclavizada por mandamientos humanos.

A medida que seguimos el recorrido del apóstol, vimos que cada viaje y cada carta eran más que un relato histórico: eran expresiones vivas del corazón de Dios para Su Iglesia. En los concilios y debates doctrinales, en las persecuciones y cárceles, en los milagros y lágrimas, se iba tejiendo una verdad eterna: el Evangelio es poder de Dios para salvación, y nada ni nadie puede detener su avance.

En Jerusalén, frente a los apóstoles y los primeros líderes de la Iglesia, Pablo defendió la gracia contra la amenaza del legalismo. Allí resonó el eco de una revelación que cambiaría el curso de la historia: la salvación no es privilegio de unos pocos bajo la ley, sino un don gratuito para todo aquel que cree, sin barreras culturales ni rituales humanos que la limiten. La Iglesia aprendió que la

circuncisión del corazón es más valiosa que cualquier obra externa, y que el Reino de Dios se extiende más allá de las fronteras de Israel para abrazar a toda la humanidad.

Macedonia y Tesalónica nos recordaron otra revelación ardiente en el corazón del apóstol: la esperanza viva del regreso de Cristo. En un mundo donde el sufrimiento era real y la persecución constante, Pablo enseñó a la Iglesia a vivir con los ojos puestos en la promesa del retorno del Señor, a caminar en santidad, sobriedad y amor, sabiendo que la gloria futura supera cualquier aflicción presente. La esperanza no era un simple consuelo: era un motor que impulsaba a los creyentes a mantenerse firmes, a perseverar en medio de la oscuridad, esperando el día en que Cristo reinaría plenamente.

Corinto nos reveló un rostro profundo de la gracia: el Espíritu Santo trabajando en medio de una iglesia frágil y dividida, mostrando que los dones no son adornos, sino el soplo vivificante del cielo que edifica, sana y sostiene. Sin embargo, Pablo nos advirtió con firmeza que, sin amor, todo carisma se convierte en un eco vacío.

La cruz, con su aparente debilidad, se erige como la verdadera sabiduría y el poder de Dios, desafiando la arrogancia de la filosofía humana. En medio de los conflictos, el apóstol levantó la bandera de la unidad, del orden y de la edificación mutua, principios que siguen sosteniendo a la Iglesia hasta nuestros días.

En Éfeso, la revelación alcanzó nuevas alturas. Allí, la hostilidad espiritual se hizo evidente, y el poder del nombre de Jesús comenzó a vencer las tinieblas con un fuego que no podía apagarse. La Iglesia entendió su posición celestial, su autoridad delegada, y su llamado a vivir unida bajo un solo Espíritu. Pablo no predicaba simplemente un mensaje; levantaba un ejército espiritual, enseñando a mantenerse firme contra las fuerzas oscuras con la armadura de Dios y la certeza de la victoria.

La carta a los Romanos nos condujo a la cima de la revelación. La justicia de Dios se mostró como un regalo inmerecido, la santificación como un proceso transformador por el Espíritu, y la glorificación como la meta gloriosa hacia la que somos llevados. Allí se desplegó la grandeza del Evangelio: capaz de justificar al pecador, romper las cadenas del pecado y conducirnos a la gloria eterna. Este mensaje no es solo un corazón de fe; es la columna vertebral de la Iglesia que ha perdurado a lo largo de los siglos.

Cada paso, cada lágrima, cada palabra de Pablo nos recuerda que la revelación no fue destinada a un tiempo pasado, sino a toda generación dispuesta a vivir el Evangelio en su plenitud. En un mundo donde la verdad se diluye y la cultura se confunde con la religión, el llamado sigue intacto: volver al manantial del Espíritu, volver a la pureza del mensaje apostólico, abrazar y proclamar el Evangelio que transforma naciones y corazones.

Mirando el camino junto a Pablo, comprendemos que sus revelaciones no son meras doctrinas; son vidas que llaman a la vida, experiencias que transforman y verdades que encienden el alma. Detrás de cada carta hay un corazón ardiente, un hombre que sufrió, amó, oró y entregó su vida para que la luz del Evangelio llegara hasta los confines de la tierra.

El Evangelio no es un conjunto de normas ni un ideal moral; es la vida misma de Cristo fluyendo en nosotros, poder que libera, luz que ilumina y amor que reconcilia. Cada revelación recibida en Damasco, en el desierto, en sinagogas, cárceles y ciudades del mundo antiguo sigue siendo hoy una brújula para la Iglesia, que corre el riesgo de olvidar sus raíces en medio de voces contradictorias.

La pregunta que resonó en el camino a Damasco sigue retumbando: ***"¿Por qué me persigues?"***. Y la respuesta que Pablo dio aquel día sigue siendo la única válida: ***"Señor, ¿qué quieres que yo haga?"***. En esa rendición nacen todas las revelaciones, allí donde la teología se transforma en experiencia viva, la luz disipa la ceguera espiritual y la gracia derrumba los muros de la autosuficiencia humana.

Este primer tomo apenas nos ha abierto la puerta a los primeros destellos de la revelación apostólica. Queda mucho por descubrir, más misterios por desvelar, más verdades celestiales que el Espíritu Santo desea plantar en nuestros corazones.

Es por eso que en el próximo tomo, recorreremos el camino de Pablo hacia nuevas alturas de revelación de Cristo y de Su Iglesia, sumergiéndonos en la profundidad de sus cartas desde la prisión, en sus últimos escritos pastorales y en el testimonio de un hombre que, hasta su último aliento, pudo declarar: ***"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe"*** **(2 Timoteo 4:7)**.

El mensaje es claro: la Iglesia necesita beber de la fuente apostólica, no de tradiciones muertas, sino de revelaciones vivas; necesita despertar a la gracia que salva, al poder del Espíritu que transforma, a la esperanza de la gloria venidera y al amor que une y edifica.

Así como Pablo fue conquistado por Cristo para conquistar corazones para Él, también nosotros somos llamados a permitir que esa misma gracia nos alcance, nos transforme y nos impulse a correr, predicar, amar y sufrir por el Evangelio eterno.

Que este primer tomo encienda en nosotros el fuego que ardía en el corazón del apóstol: un amor inconmovible por Cristo, un celo ardiente por Su Iglesia y un deseo inextinguible de vivir y proclamar las revelaciones de Dios. Que, al abrir el segundo tomo, nuestros ojos vean más lejos, nuestros corazones se rindan más profundamente, y nuestra vida se entregue por completo a Aquel que cambió a un perseguidor en apóstol y que continúa transformando vidas hasta el fin de los tiempos.

"Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas.
A Él sea la gloria por los siglos. Amén."
Romanos 11:36

Reconocimientos

"Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.
Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.
Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto…"

"Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión"

Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Osvaldo Rebolleda

El Pastor y maestro Osvaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

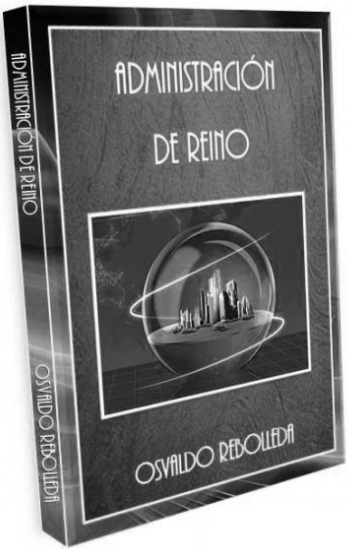
El maestro Osvaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.

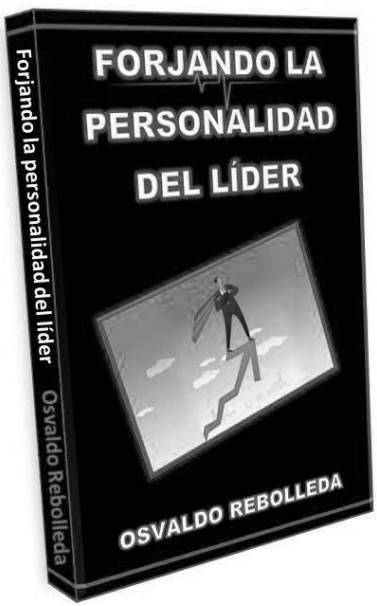
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

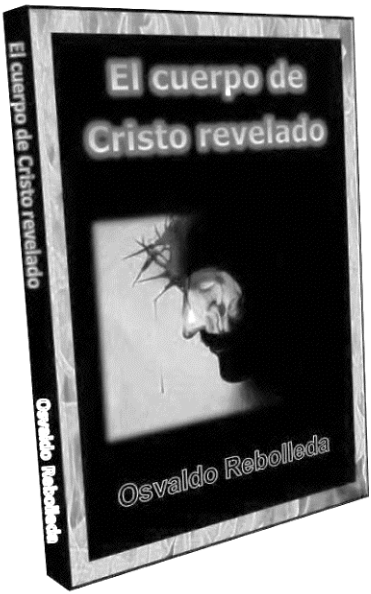
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

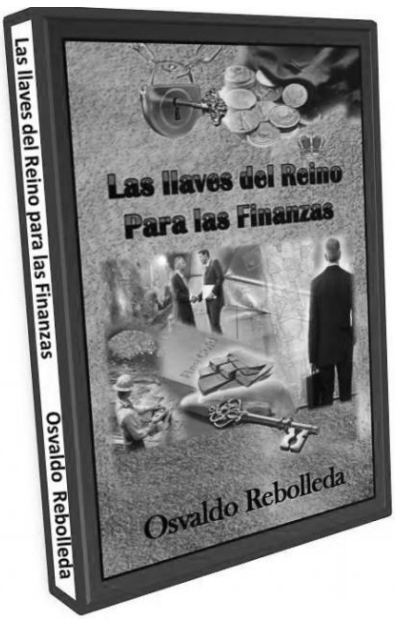


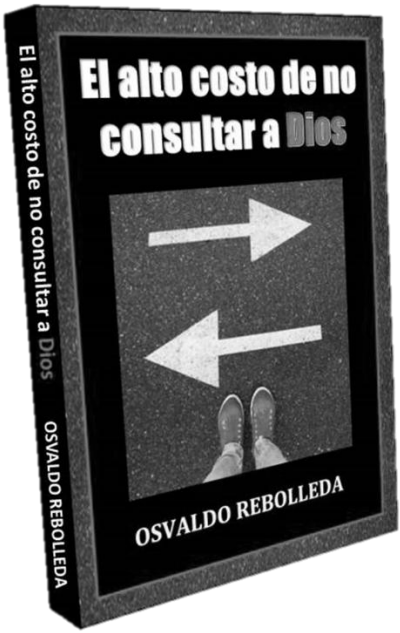
www.osvaldorebolleda.com



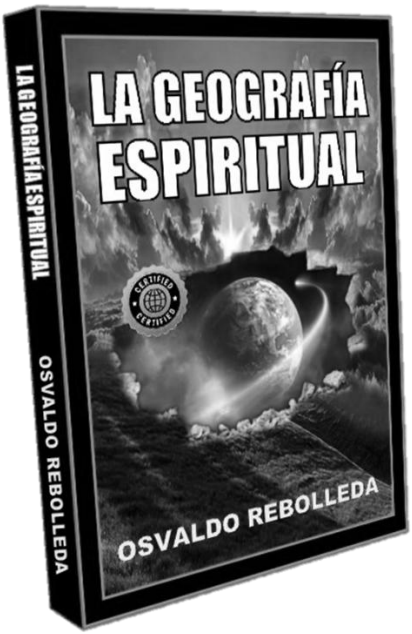


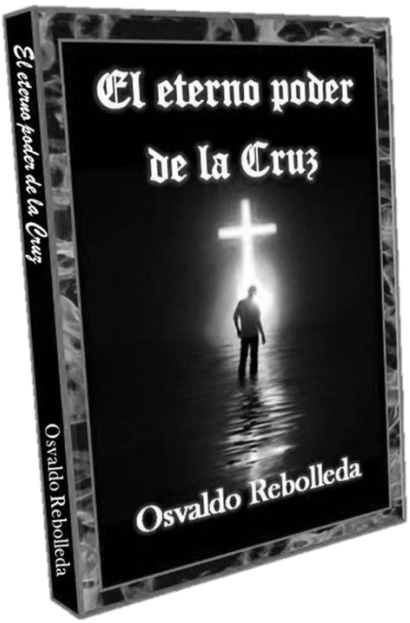
www.osvaldorebolleda.com

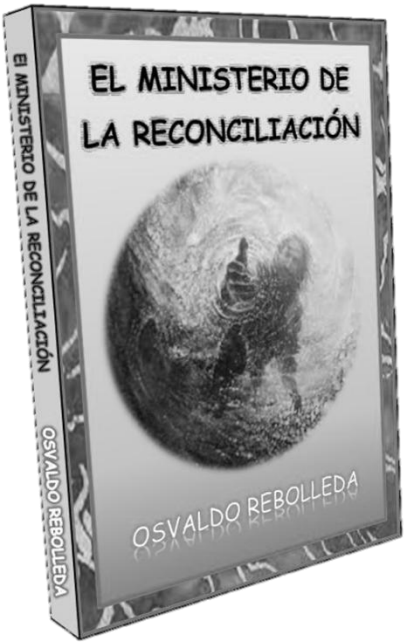


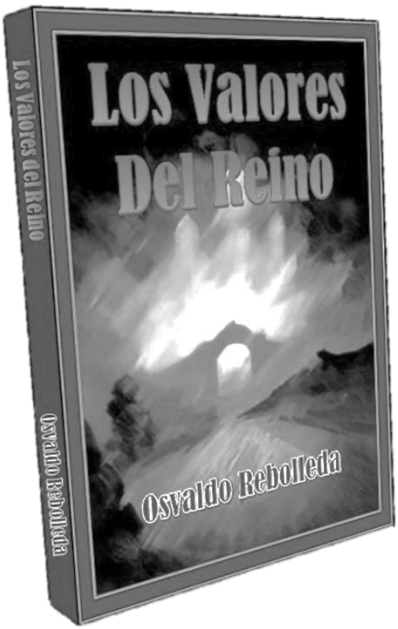
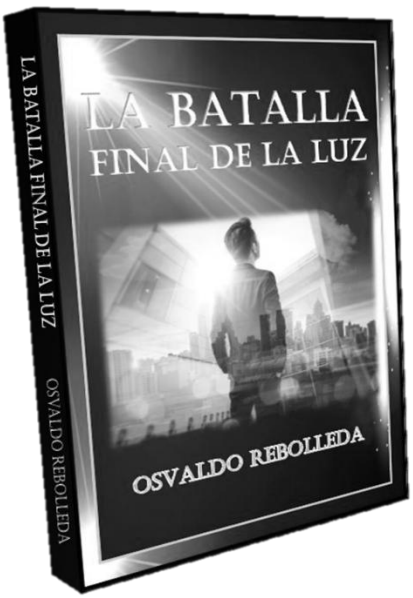


www.osvaldorebolleda.com









www.osvaldorebolleda.com